

EPISODIOS HISTORICOS
DE LA
GUERRA DE LA INTERVENCION
Y EL
Segundo Imperio

POR

Victoriano D. Báez.

PRIMERA EDICION.

Editor, JULIAN S. SOTO.

OAXACA.

Talleres Tipográficos de Julián S. Soto,

1a. de Benito Juárez Núm. 1.

1907.

Es propiedad del Autor.

LA HISTORIA DEL PUEBLO.

De esta gente me precio,
y de esta sangre.

Ya el eximio novelista español ha caracterizado el género en sus bellísimos "Episodios Nacionales." Con esa verba pujante, grandilocuente y castiza—pero ¡qué castiza!—del siempre celebrado autor de "*Miau*" posee la tierra de las proezas legendarias y de las épicas tradiciones, toda una literatura especial que completa la Historia, que, quitando á ésta su austera gravedad de matrona cejijunta, dá, con el sabor meliflúo de la leyenda, el aliento del patriotismo para el pueblo. Pérez Galdós ha levantado un monumento eterno á la ibérica gloria, popularizando el hecho, la tradición, el comento.....lo que mejor se prende en el alma de las multitudes, sin rebuscamientos de causas y efectos, sin estudios de psicología complicada, lo que fortifica, y levanta, y forma para siempre el carácter nacional.

La Historia ha penetrado en el dominio de la Filosofía y la Sociología, y no es ya el simpel

relato de los sucesos que *est honteux d'ignorer à tout homme....* Es más: es el estudio del progreso humano à través del tiempo y del espacio. Investiga causas, demuestra evoluciones, analiza y sintetiza todo. Ahora si es "la maestra de la vida" que decía Cicerón. Por eso, precisamente, cada día se separa más del vulgo, y por eso también al niño y al pueblo, debe dárseles en su forma atrayente, accesible, comprensiva, como alimento propicio que fecunde y prospere, que nutrifique y sostenga.

Por otra parte, el conocimiento de la historia patria es indispensable para todo hombre. Es desconocerse, no tener idea de su fuerza, de su destino y de su valer, no ser un ciudadano completo, ignorar lo que ha sido su raza, lo que ha hecho y lo que pueda hacer. ¡Ignorar à sus héroes es no merecerlos!

Nuestra historia ha pasado por todas las vicisitudes de los pueblos conquistados en épocas de atraso; las inscripciones de la raza primitiva se perdieron en el rudo choque de los intereses extraños, y sus fastos y sus glorias en la irreparable destrucción del fanatismo y de la ignorancia. Gomara, Solís, Bernal Díaz, el Conquistador Anónimo Ixtlicóchitl, Clavijero etc, tuvieron que entresacar de las obscuridades del pasado lo que salvó la casualidad, y—ó por parcialidad al conquistador ó por falta de datos—los vencidos nos dejaron casi exhaustos

los anales, sin que lográramos *Los nueve libros...* de nuestra vida y nuestras glorias. Eso no obstante, los trabajos posteriores, los nuevos conocimientos, la no interrumpida labor de cronistas y anticuarios, han venido inquiriendo, analizando, comprobando, y—aun siendo tanto lo perdido—nos queda lo suficiente para enorgullecernos de aquellos hombres de bronce que en la edad del cobre sobrepujaron á lo concebible y estuvieron al lado de los pueblos más antiguos y más grandes de la tierra.

Por circunstancias diversas, aunque casi iguales en sus efectos, nuestra historia moderna se ha resentido de la acción de los acontecimientos en la larga época de nuestra anarquía y desbarajuste, y hasta hace muy poco, al venir lo que pudiéramos llamar nuestro Renacimiento Literario, se ha logrado también nuestro renacimiento histórico.

Hombres como Orozco y Berra y Chavero reconstruyeron el pasado; otros como Mora, Zavala, Bustamante,—seguidos de una pléyade atinada de intelectuales—han venido formando el libro del Exodo, el de los Jueces y el de los Reyes, para que al fin se escriba el de la Tierra Prometida.

Natural es, pues, que todavía nos falte mucho, si acabamos de atravesar las arenas candentes del desierto, después de haber sufrido las duras cadenas de la esclavitud. En esta

via,—aún espinosa y accidentada,— es bien estimable toda labor que se encamine á llenar los vacíos de nuestra cultura, de la cultura de nuestro pueblo que apenas abre los ojos (con el trabajo de la atávica pereza y del desengaño secular) á la luz que debe redimirlo y engrandecerlo. Gran parte de nuestro pueblo todavía duerme; despertémosle. Apresurémonos á servirle, por grados y según sus necesidades, el verbo del progreso en el libro sano. No seamos nosotros los que crean que hay que abandonarlo en los vericuetos inaccesibles y en sus cordilleras impenetrables, como á seres ya irredentos, marchitos y muertos.....nó, creamos siempre en su regeneración por el libro, en su poder por el esfuerzo, pues ellos guardan las aptitudes en germen, los brotes prontos á crecer de sus progenitores gloriosos.

Nó; vayamos al indio siempre con el libro sincero, siempre con el libro sano.

Y ¿qué más sincero y más sano que el libro de nuestra historia, en forma de episodios, de leyendas? ¿qué más sencillo y más útil que enseñarle el patriotismo, sin las arideces científicas, en el grito del héroe, en el sacrificio de la víctima, en el valor del caudillo?

Para el niño, pues, y para el pueblo—que siempre es un niño—va este librito como una promesa, deseando hacer el bien por el amor á la patria.



Nosotros, que somos tan afectos á escudriñar en la mies ajena buscando el grano de oro del intelecto exótico, cuán torpemente desdeñamos lo nuestro por ser nuestro, ignorando lo que más nos interesa y nos llama. en este rudísimo batallar de la complicada vida moderna.

Leemos con fruición las sombrías enmarañas de Mallarmé. los perturbadores ensueños de Baudelaire; acudimos solícitos á excitar el paladar indiferente con las lobregueces insánicas de Maupassant y, para conocer la vida en su plenitud. entramos no pocas veces á las selvas imponentes de los Taine, los Thiers, los Mill, los Spencer. los Bain. Pero ¿y lo nuestro? Sabemos al dedillo las leyendas germanas, galas y griegas; conocemos, bien ó mal, los episodios históricos. las tradiciones y los mitos de este ó el otro pueblo de la tierra, é ignoramos—¡triste es decirlo!—hasta los más notables episodios de nuestra historia, en la larga y paciente lucha que hemos tenido que sostener. antes de constituir una nación independiente y libre en el planeta.

Este indiferentismo no sólo es debido al abandono propio de nuestro carácter y á la apatía propia de nuestro temperamento. Asimismo se debe á los efectos de una torcida educación que nos ha impedido valorizar lo esencial

mente nuestro, que nos impele á desdeñarlo á no estinarlo.

¿Podremos así formar el carácter nacional, alma pujante de una raza?

Así se explica que mientras nosotros casi ignoramos al primer historiador de Oaxaca, el Padre Burgoa, y á Juan Bautista Carriedo, el segundo, anden por ahí traducidos á sajona lengua, buscados y comentados en las bibliotecas de Allende el Bravo.

Esta tendencia nuestra, este defecto inherente á nuestro medio, á nuestra raza, debe ser combatido en cualquier forma. Por eso aplaudimos de todas veras el presente librito, que, á nuestro juicio, será un libro de lectura más útil que muchos que se imprimen sin gusto y sin criterio. No teniendo como no tiene pretensiones de forma, lleva una doctrina sencilla y sana, la más sana, la que hace que el hombre ame al suelo que lo vió en la cuna y que admire las proezas de los campeones que le dieron honra legítima.

Así no olvidará á sus lares y como los rapsodas homéricos, irá cantando las hazañas grandiosas, para ejemplo propio y admiración de extraños.

Adalberto Carriedo.

DOS PALABRAS.

Pocos, sin duda, serán los mexicanos que al recorrer los anales de la guerra de la Intervención y el segundo Imperio, no se sientan conmovidos hondamente y hasta orgullosos por la suerte de haber nacido en esta porción hermosa del Continente Americano. Y con razón, los episodios en que abunda la gran contienda son tan patrióticamente bellos y de tan vital interés, que sería necesario estar desprovisto de todo buen sentimiento, para no experimentar con su lectura cierto regocijo mezclado de asombro.

Los egregios campeones que defendieron el valioso legado de la independencia, que batieron sin tregua á las huestes del codicioso Napoleón III y consolidaron nuestras libérrimas instituciones con el ruidoso triunfo de Querétaro, merecen no un bronce ni un simple aplauso, sino un monumento de gratitud levantado con los corazones de todos los buenos ciudadanos.

Luchar por la patria con buenos elementos, ejércitos disciplinados y tesoro bonancible, ó

cuando menos con suficiente crédito en los Bancos extranjeros, será todo lo que se quiera de meritorio — porque toda acción patriótica es honrosa y plausible — pero luchar sin tales elementos, improvisando soldados que eran abatidos por el hambre y estaban exhaustos por la vida trashumante, teniendo que resistir siempre á un enemigo poderoso, superior en muchos respectos, es no sólo bello y noble, sino sublime en el más alto significado de la palabra.

El Coronel Félix Díaz, en un excelente discurso pronunciado ante la "Asociación del Colegio Militar," al referirse á nuestros esclarecidos patriotas de ayer, que todo lo sacrificaron heroicamente por la patria y nuestro bien, dice con sobrada razón: "somos al lado de ellos unos pobres soñadores, pues mientras ahora contamos con hombres, pertrechos, cuarteles de instrucción, gracias á nuestra bonancible situación financiera, ellos, nuestros gloriosos generales, supieron sacar hombres hasta de los niños, se pertrecharon con los arcos del vencido, ó los improvisaron con lo que pudieron; tuvieron por lecho, las fragosidades de la sierra ó los pantanos de los valles; por techumbre, las inclemencias del cielo; por instrucción, las penalidades de toda especie; por libros y enseñanzas, el enemigo al frente, la bala en el pecho y un barranco para sepul-

tura, abrigando la inquebrantable fe en que su pelea sin tregua y sin descanso, con hambre, sed, calor ó frío, nos serviría á nosotros, sus hijos, para que viniésemos al mundo al amparo de la libertad, creciéramos con la independencia y muriéramos con la paz de que ellos no disfrutaron.”

Y es verdad; apenas comenzamos á valorizar la trascendencia de la gran epopeya nacional y todavía no hemos hecho plena justicia á los que se sacrificaron valientemente por nuestro bienestar actual.

Este pequeño volumen de *Episodios Históricas* tiene tres objetos: poner un ramillete más en el altar de la patria, como tributo de amor; glorificar á los héroes, algunos muy poco conocidos; y hacer más popular el conocimiento de ciertos hechos de nuestra guerra de cinco años, casi ignorados por la generalidad.

Algunos episodios están referidos en los tratados de historia en dos ó tres renglones, otros no tienen el colorido que merecen y otros más han sido olvidados casi.

No por esto se crea que pretendamos ofrecer una novedad, histórica ó literaria; pero nos hemos esforzado en reconstruir algunas escenas, teniendo á la vista algunos periódicos de la época á que nos referimos y ciertos testimonios que bondadosamente nos han facilitado algunos testigos presenciales.

IV

El lector podrá ver por sí mismo, si está al corriente de nuestra historia patria, que no pocos sucesos son anecdóticos, otros, por la carencia absoluta de noticias, han sido reconstruidos con ayuda de la imaginación; pero aun en este caso, las cifras y pormenores esenciales son rigurosamente exactos.

Este pequeño libro sale á probar fortuna, contando de antemano con las simpatías de los buenos liberales, en particular, y la benévola acogida de los amantes de nuestras glorias nacionales, en general. Si el favor del público lector corresponde á nuestras esperanzas, no será remoto que emprendamos la elaboración de otro volumen de episodios, cuyos datos buscaremos en las mejores fuentes con diligencia y actividad.

En esta empresa, con que modestamente deseamos secundar la patriótica y meritisima labor de los Salado Alvarez, Iglesias Calderón, Frias, Polas, González Obregón, etc., tenemos un solo lema: *Todo por la patria.*

V. D. B.



La Catástrofe de Chalchicomula.

(6 de Marzo de 1862.)

TIO Pascual trabajaba empeñosamente en su destartalado taller de remendón. Ponía suelas nuevas á un par de zapatos viejos que le había llevado el tendero de la esquina. Pocos artesanos, de la estofa del buen tío, permanecen más horas clavados al banco del obrero manejando el martillo, la chaveta, la lezna y la cabuya; era de verse su incomparable tenacidad, para convencerse uno de los prodigios que hace la lucha por la vida.

Es el tío un pobre viejo, veterano de la guerra de la Intervención Francesa, que ostenta como gloriosas preseas de guerra una pierna de palo y una tremenda cicatriz en el carrillo derecho; mantiene con los exiguos rendimientos de su oficio á su mujer y dos hijas, una de éstas corcovada y la otra enclenque y pálida como un difunto.

Pero, á pesar de las fatigas cotidianas, tío Pascual, como le llaman todos, desde el estudiante hasta el aguador, es hombre de vena, su excelente humor es inalterable, y para hacer su elogio en una pluma basta decir que corre fama de cuentista genial y fecundo.

Por supuesto que en esta su especialidad entra el prurito de referir, con no poca satisfacción, sus reales aventuras de soldado. El que entra en su taller—algún nombre hemos de darle—ya puede armarse de resignación para oírle hablar largo y tendido por espacio de un par de horas, entre puntada y puntada, porque eso sí, el tío no suelta la herramienta sino hasta muy entrada la noche.

*
*
*

—Buenas tardes, tío Pascual, le dije, parándome en el umbral del casucho.

—¡Cómo vamos, hombre! ¿Qué vientos te traen por este rumbo?

—Vengo á saludarle y á pasar un buen rato con usted.

—Pues anda, chico, toma ese banco y siéntate.

Platicamos un rato de todo, de los rigores de la estación, de las últimas fiestas, de la reinante carestía, de naderías. A la

postre llegamos, como teníamos que llegar, á hacer mención de las aventuras del tío, éste sonrió bondadosamente, se acomodó bien en su tosco banco, me dirigió una mirada expresiva y luego inclinó la cabeza pensativo como si tratara de ordenar sus recuerdos que pugnaban por salir en bandada.

Comprendiendo yo que el pobre viejo estaba en su elemento, su lado flaco como él mismo lo confesaba, no quise perder la oportunidad de oír una pintoresca descripción, uno de esos relatos que á la par que deleitan, instruyen. Así que azuzándole y tentándole con mi impaciente curiosidad, le dije: bueno; cuénteme algo de sus tiempos, de sus acciones de guerra.

—¡Huy! exclamó, es cuento de nunca acabar; yo estuve en Acultzingo, en Puebla el 5 de Mayo, en la acción del Borrego y en el sitio de la heroica ciudad de Puebla; allí fué, precisamente, donde coseché este rasguño y donde me amputaron la pierna.

Pero esos combates no me espantaron nunca, ¡qué me habían de espantar! yo me reía de las balas y de los sablazos, y con sólo mi ademán resuelto y mi cara avinagrada hacía correr á tres; lo que sí me espanta y me produce frecuentes pe-

sadillas es la gran desgracia que sufrimos en Chalchicomula, antes de romperse las hostilidades. Eso sí que desgarró el corazón nomás de recordarlo!



Tío Pascual humedeció un pedazo de suela, le dió unos cuantos martillazos, metió la horma en el viejo zapato, y prosiguió, ó mejor dicho, comenzó su relación: Las fuerzas aliadas, una vez signados los preliminares de la Soledad, se establecieron pacíficamente en Córdoba, Orizaba y Tehuacán; nosotros los que formábamos el Ejército de Oriente, mandado por el ilustre Gral. Zaragoza, estábamos acampados en Jalapa, nuestra misión se concretaba á observar los movimientos del enemigo.

De Jalapa se envió la 1ª Brigada de la 3ª División á Chalchicomula, en previsión sin duda de un próximo conflicto. Esa Brigada la formaban tres batallones, el 1º, el 2º y el "Patria" que había enviado, anticipándose á los sucesos, el siempre heroico y patriota Estado de Oaxaca.

No obstante lo elivoso del camino, la marcha se llevó á cabo sin contratiempos ni fatigas. Todos los compañeros se mos-

traban alegres como una pascua florida, ¡qué de palique! ¡qué de chascarrillos!

Las soldaderas, esos parásitos ó ángeles necesarios en todo ejército, con las enaguas de percal á media pierna, un balumbo de cachivaches á cuestras, el rostro sudoroso y congestionado por los ardores del sol, iban diseminadas en los pelotones y contribuían eficazmente á centuplicar la algazara de aquella caravana intrépida. Ya era una que canturreaba salerosa algún airecillo popular del terruño, ya otra que dirigía sus punsantes sátiras á los soldados, lo cierto es que las risotadas se desbordaban como un torrente.

Al pardear la tarde del 6 de marzo de 1862 arribamos contentos á Chalchicomula; allí, á su pié, se levanta majestuoso el Citlaltépetl, de veneranda cabeza nívea, hacia el cual se dirigían nuestras miradas estupefactas. ¡Quién hubiera pensado que minutos más tarde, aquel monumento de los siglos había de ser testigo mudo de una hecatombe formidable, que le recordara sus erupciones de antaño producidas por el ignífero elemento que gruñía furiosamente en sus entrañas de gigante!

Al ocultarse el «rubicundo Febo» como dijo alguien, contemplamos un fenómeno

que no es raro, pero que siempre es aterrador ó bello, pavoroso ó sublime, según sea el estado de ánimo; el ocaso tinto en sangre era présago de un misterio, parece, por lo que pienso, que allí se libraba una gran batalla entre el día que agoniza y la noche que triunfa.

Soplaba viento del sur, desencadenado y furioso, casi un huracán, que tenía amilanados á los pacíficos habitantes.

La campana mayor de la parroquia tocó la oración de la noche. ¡Jamás me pareció haber oído un tañido más lánguido! De veras que invitaba á la oración y al recogimiento de espíritu. Esa voz de bronce nos hacía pensar inconscientemente en lo efímero de la existencia, nos recordaba el cielo, era el toque de atención, el aviso sombrío que no alcanzamos á comprender de que la Parca, como buitre hambriento, se cernía sobre aquel infortunado ejército.

:

Nos acuartelamos ordenadamente en los dos pisos de la Colecturía y en el patio, protegidos del viento por altos y vetustos muros; en el mismo patio que era muy extenso se depositaron 460 quintales de pólvora, las armas se colocaron en

pabellones, los arrieros se fueron con las acémilas al aguaje, algunos soldados se tiraron en el suelo para descansar y proseguir la charla interrumpida, otros paseaban indiferentes por el recinto, otros recorrían las calles, y los más, agrupados en torno de las fogatas, donde las sufridas soldaderas asaban trozos de res ó recalentaban las provisiones sobrantes del día, se disponían á cenar con el apetito voraz del que ha rendido una jornada de diez horas. ¡Qué pasó entonces! Una cosa soberbiamente espantosa, algo parecido á un cataclismo legendario: el viento, cauteloso y traidor, como si fuese realmente el mejor aliado de los enemigos de la patria en aquella hora, arrebató una chispa que dirigió con segura mano sobre el depósito de pólvora. ¡Un relámpago horrible seguido de una explosión furiosa, fué el resultado trágico del accidente que nadie pudo prever ni imaginar! El retumbo de la catástrofe se fué propagando de roca en roca hasta perderse en los lejanos confines del horizonte.

La Colecturía se vino abajo con estrépito, las casas vecinas se derrumbaron también, las de más allá, cuarteadas y bamboleantes, quedaron amenazando ruinas, una nube inmensa de polvo y humo

envolvió el escenario como si pretendiera ocultar por el momento la intensidad del siniestro.

Los sobrevivientes, vueltos en sí de la conmoción y el estupor, con el rostro des-
encajado, los ojos salidos casi de sus órbi-
tas, dando alaridos de desesperación, nos
precipitamos frenéticamente hacia el cen-
tro de lo que fué el patio y la Colecturía,
treparamos sobre los escombros y nos ensa-
ñamos como héroes en remover todo pa-
ra sacar á los heridos.

¡Aquello fué el día del juicio! Las
quejas angustiosas de los soldados y los
ayes lastimeros de las soldaderas mori-
bundas nos partían el alma.

¿Quién habría dejado de sufrir en aque-
lla hora suprema, aunque hubiera sido una
fiera? Aquí y allá tropezábamos con ma-
sas informes de cuerpos humanos, los piés
se nos empapaban de sangre, caliente aún,
que corría en abundancia por todas partes.
El trabajo fué rudo y de toda la noche y
apenas pudimos salvar á unos cuantos,
muchos, muchísimos sucumbieron antes
de recibir cualquier auxilio. ¡Pobrecitos!
De veras que no hay palabras con qué des-
cribir suceso tan estupendo!

**

Al día siguiente, cuando se practicó el recuento de la Brigada, estábamos cabizbajos, llorosos y hechos una verdadera lástima los pocos que quedamos con vida, y en verdad que la cosa no era para menos, dada la gran cifra de los desaparecidos. Murieron 1,042 soldados y 460 soldaderas, muchos de cuyos cuerpos no se pudieron encontrar, y otros resultaron de imposible identificación por las horribles mutilaciones. Salieron heridos, de más ó menos gravedad, 250 soldados y más de 500 habitantes de la población.

Como no era tarea fácil sepultar los despojos de todos, procedimos á la incineración; y como medida preventiva de urgente necesidad, se prendieron fogatas de diez en diez varas, no obstante, los malos olores eran tan persistentes y nauseabundos que por tres ó cuatro días era penoso por no decir imposible el tránsito por las calles.

¡Pobre ejército! haber sucumbido sin gloria, sin los honores del combate, sin haber medido sus armas con los invasores de la amada patria. Muchos valientes al ingresar al ejército dejaron padres, esposa, hijos, bienes y amigos, alentados sólo por

una idea grandiosa: defender palmo á palmo el suelo querido, la honra de la nación y derramar su sangre de patriotas por la causa de la libertad. Desgraciadamente tantos anhelos y tanta nobleza de alma quedaron sepultados bajo un montón de escombros.

* **

Al comunicar el Cuartel Maestro, Gral. Don Ignacio Mejía, la infausta nueva al valiente pueblo oaxaqueño, por conducto del Gobernador del Estado, la consternación fué profunda, unánime, indescriptible, y el Periódico Oficial haciéndose eco del sentimiento público, dijo: "Esos valientes y decididos soldados, que se batieron mil veces con denuedo, adquiriendo tantas glorias en la muralla que defendió y sostuvo al gobierno constitucional en la plaza heroica de Veracruz; los vencedores del 16 de Enero, de Jalatlaco, de México y Pachuca, han perecido víctimas de una explosión tremenda, al frente de los ejércitos extranjeros, cumpliendo con el deber más sagrado, sosteniendo la independencia y el derecho de la patria. ¡Sacrificio sublime! ¡grandiosa hecatombe que hará eco en todos los ámbitos de la tierra, que conmoverá de dolor todos los corazones, que

formará una época de eternos recuerdos en la historia del pueblo oaxaqueño!"



Si esto que acabo de referirte, agregó tío Pascual, limpiándose con el puño de la camisa el sudor de la frente y dos lagrimones que furtivamente se deslizaban por el tostado rostro, no es para enternecer á los hijos de México, ni tema suficientemente adecuado para un canto vibrante y heroico de nuestros poetas, entonces..... ¡que se eche un puñado de tierra sobre la gratitud nacional y que se rompan las li-ras de nuestros bardos!

El tío tiene razón. Debemos ser justicieros con nuestros héroes sin nombre, con esa multitud de valientes que yace relegada en el panteón del olvido.

Protesta del Cabildo de Guadalajara.

(13 de Mayo de 1862.)

La intervención extranjera en los asuntos políticos de México, por más que se le hiciese aparecer exornada con los deslumbrantes oropeles y especiosas sutilezas de la diplomacia europea, y como tentativa amistosa para restablecer el orden y regenerar el país—orden y regeneración bien establecidos ya con el triunfo definitivo de la Constitución de 57—era objeto de indignación profunda en todas partes, excepto en los ánimos de unos cuantos retrógrados y traidores, excesivamente obcecados, que, no pudiendo vencer en franca lid al partido liberal, vieron en las balloquetas extranjeras el único medio de hacer triunfar sus torpes proyectos.

El desprecio y la indignación subieron de punto cuando se propaló ruidosamente de un confín á otro de la República la escandalosa violación de los Tratados de la Soledad, que llevaba consigo todas las agravantes de la impudencia y la malicia; y

al patriótico llamamiento lanzado á la nación por los legítimos representantes de la misma, para repelar la agresión injusta y defender la amenazada independencia, gran número de ciudadanos se dispuso á empuñar las armas y verter su sangre, antes que ver profanados sus hogares y sentir el látigo ignominioso del opresor.

La invasión se presentaba tan mal encubierta y con tan ampulosa arrogancia, que muchos jefes reaccionarios, antes en pugna abierta con los constitucionalistas, se adhirió resueltamente al gobierno del Sr. Juárez y se prestaron á la tenaz contienda, sin otro aliciente que el cumplimiento del deber y la salvación de la patria.

El hecho de deponer viejas diferencias y hondos enconos á la vista del peligro común, teniendo en cuenta aquellos nobles adalides que antes que católicos eran mexicanos y antes que reaccionarios patriotas, es ejemplo digno de rememorarse, por la enseñanza que reporta á las generaciones actuales y futuras, cualesquiera que sean los prejuicios y tendencias de los partidos.

Ante el peligro inminente no debe haber más que un partido: *el de la defensa nacional.*



Los momentos de mayor angustia habían pasado ya y el entusiasmo y las energías se redoblaban con insólita espontaneidad. Se sabía por experiencia que los famosos soldados de Solferino y Crimea no eran invencibles, ni menos invulnerables, y que los hijos de México, aunque bisoños en el arte de la guerra, con perseverancia y civismo podrían rechazar al codicioso invasor y conservar intacto el legado cada vez más inapreciable de la soberanía nacional.

El triunfo de las huestes republicanas en los suburbios de Puebla, el 5 de Mayo, se propagó rápida y gloriosamente por todo el país; era el mensaje de la buena nueva, el anuncio profético de la final victoria. La fe surgió más segura que nunca, el espíritu público se reanimó intensamente y el triunfo y la reivindicación se erigieron en única divisa.

Aun algunos clérigos, por más que se creyeran despojados de los bienes de la Iglesia y vejados en sus más altos intereses espirituales, se sintieron enternecidos con el triunfo, casi increíble, y hasta orgullosos con el nombre de mexicanos. No sólo se alegraron interiormente por el descalabro de los franceses, sino que algunos, á riesgo

de ser efectivamente vejados y destituidos por la Iglesia, hicieron públicos sus sentimientos patrióticos y tomaron parte activa en la propaganda de la causa nacional, que era la causa del honor, de la justicia y la libertad.

No era extraño, en consecuencia, que durante la encarnizada lucha, mientras unos frailes disponían los arcos de triunfo, banquetes, *Tedéums* y empalagosos ditirambos para agasajar al invasor, otros protestaban en hojas volantes y se confundían con los republicanos para predicarles la religión del patriotismo.

Estos intrépidos fueron pocos, poquísimos, no importa, de todos modos hay que reconocer que aun en la misma Iglesia repercutió el eco de la libertad y que entre sus oficiantes tuvieron émulos exaltados los Hidalgos, los Matamoros y los Morelos.



A raíz de la memorable victoria de Zaragoza, el Cabildo de Guadalajara en que figuraba de modo prominente por su ilustración y talento, y más todavía por sus ideas liberales, el Canónigo Don José Luis Verdía, se reunió para deliberar sobre la situación y llegar á un acuerdo que fijase bien su modo de pensar y obrar.

El canónigo Verdía expuso en luminosos razonamientos y correctísima dicción lo atentatorio y absurdo de la intervención francesa en los asuntos políticos de México y lo indigno de que algunos mexicanos se adhiriesen al opresor, precisamente cuando más se requería el concurso patriótico de todos los ciudadanos, para poner á salvo el honor de la patria.

Hagamos abstracción, decía, de nuestros prejuicios y conveniencias, de los disturbios de ayer y las exageraciones de los demagogos, para fijarnos en puntos concretos de la más alta importancia. La independencia que realizamos á costa de ímprobos sacrificios, de prolongadas vigili-
lias y de la vida de nuestros padres, está en peligro; unámos, pues, nuestras fuerzas para conjurar la tormenta y protestemos con todas nuestras energías de mexicanos. La nación tiene, pese á la civilizada Europa, el derecho inalienable de darse el gobierno que convenga á sus intereses. Francia, lo mismo que cualquiera otra potencia, nada tiene que hacer en México, ni nada que ver en nuestro régimen interior.

Propongo, por tanto, que protestemos contra la notoria injusticia de la invasión francesa y que remitamos una copia de

nuestras resoluciones al Supremo Tribunal de Justicia del Estado.

—Me adhiero en todo al luminoso pensamiento del reverendo Verdía, dijo entusiasmado el canónigo Gordo.

—Dispense, hermano, ¿qué quiere decir *inalienable*? preguntó á media voz el canónigo septuagenario Don Luis Padilla á su compañero el Dr. Díaz García.

—Quiere decir, respondió éste, que *no se puede enajenar*.

—¡Ah!... pues yo también apruebo la idea.

Una vez expuesto el parecer de todos, se procedió á redactar la protesta, cuyas principales cláusulas, que deben ser conocidas, son las siguientes: “Nuestra independencia nacional que conquistaron nuestros padres á costa de tantos sacrificios heroicos, la integridad del territorio nacional, el derecho precioso é inalienable que asiste incuestionablemente á la nación para establecer la forma de Gobierno que convenga mejor á sus intereses; en suma, todas las prerrogativas inherentes á la soberanía de un pueblo libre y civilizado, son bienes inestimables que este Cabildo eclesiástico aprecia, como el que más, en su justo valor, y nunca verá con indiferencia que sean atacados ó

menoscabados por las fuerzas francesas ni por las de ninguna otra nación extranjera. Hoy, pues, que aquellos intereses peligran con motivo de la intervención francesa en los asuntos políticos de la República, esta Corporación no duda levantar, como lo ha hecho siempre, su humilde voz para protestar á la faz de todo el mundo civilizado, contra la notoria injusticia de los atentados que tienden á privarla de sus derechos imprescriptibles.....Dios Nuestro Señor guarde á Ud. muchos años.—Sala Capitular de esta Iglesia Catedral, Guadalajara, Mayo 13 de 1862.—Juan N. Camacho.—J. M. Refugio Gordoá.—José Luis Verdía.

Al C. Lic. Jesús Camarena, Presidente del Supremo Tribunal de Justicia del Estado.—Presente.”



Los derechos de México en la prolongada guerra de la Intervención y el Imperio —tal como se afirma en la viril protesta— fueron tan justos, tan indiscutiblemente elevados, que hoy día, á pesar de las nostálgicas remembranzas de imperialistas y afrancesados, estamos palpando sus trascendentes efectos y cosechando sus frutos opimos, frutos acumulados en haces de paz, civilización, solidaridad y progreso.

El Guerrillero Honorato Domínguez.

(14 de Junio de 1862.)

El mismo día de la acción del Borrego en que una porción considerable del Ejército de Oriente era sorprendida y batida por el ejército invasor, otro hecho de armas, de menos proporciones pero de gran significación para la causa de la República, tenía lugar en cierto punto del camino de Veracruz.

El protagonista de este episodio, digno de los gloriosos hijos de Esparta, fué el guerrillero Honorato Domínguez, quien por su temeraria osadía y espléndido triunfo se hizo merecedor de felicitaciones efusivas del presidente Don Benito Juárez.

Era Domínguez un hombre de regular estatura, fornido, de mirada aquilina, de resoluciones intrépidas y de un valor que rayaba en lo maravilloso.

Al romperse las hostilidades en la primavera de 1862 el primer pensamiento de Domínguez fué, siguiendo el ejemplo de innumerables patriotas, poner su brazo y

sus escasos recursos á disposición de la defensa nacional, y al efecto, obtuvo la necesaria autorización del gobierno para levantar una guerrilla.

Siendo conocedor del terreno y de la gente, se dió sin pérdida de tiempo á recorrer pueblos y rancherías en demanda de hombres y armas, caminando con tan buena fortuna que á los pocos días tenía á sus órdenes cerca de ochenta hombres decididos, regularmente armados, y algunos de ellos montados en magníficos rocines.

Domínguez, además de su popularidad en el terruño como rancharo decididor y galante, era generalmente estimado por su hombradía y por su carácter noble, algunas veces un tanto mal humorado, pero siempre leal.

A estas cualidades debió, como era de esperarse, que sus amigos y conocidos se agruparan en torno de él; casi tenían la seguridad de que guiados por jefe tan sagaz serían capaces de llevar á cabo una buena empresa.

Por convenir así á sus intereses, la guerrilla había acordado con su jefe que no se alejaría de cierto radio de acción, permaneciendo en acecho de oportunidades para quebrantar al enemigo y quitarle algunos de los muchos recursos que con fre-

cuencia hacía conducir desde el puerto de Veracruz.



Era la mañana del 14 de Junio de 1862, una verdadera mañana de primavera—alegrada deliciosamente con el canto de las parleras aves que volaban de rama en rama—fresca por la menuda lluvia del día anterior, con un sol espléndido cuyos rayos tropicales reverberaban en las charcas y bañaban de lleno el majestuoso panorama.

Domínguez y su gente almorzaban tranquilamente en el recodo de una barranca; sentados unos y recostados otros sobre la alcatifa de abundante césped, bajo las corpulentas copas de los añosos árboles.

Oyóse de pronto el sordo y compasado rumor de una cabalgadura que se acercaba al galope. Sin inquietarse en lo más mínimo, porque sin duda esperaban á alguien, los guerrilleros permanecieron á la expectativa. Tan pronto como distinguieron en el ribazo al jinete, una sola exclamación brotó de varios labios: ¡qué tall!... ¡él es!

Domínguez incorporándose y sacudiendo con ambas manos sus pantalones de gamuza, se dirigió al jinete, que había acortado el paso de su cabalgadura, y le pre-

guntó en voz alta: ¿qué hay, Luciano? ¿qué novedades nos traes?

—Jefe, buenoj díaj; no tiene ujté maj novedá que loj francese se acercan con un convoy.

—De veras, hombre! ¿y viene mucha gente?

—Si, jefe, vienen como trescientoj hombrej, el convoy lo forman como cien carroj y muchas, mulaj.

—Pero te has desengañado bien ó nos vienes á salir con una sofloma?

—No, jefe, qué soflama; si me he ejcondido bien en un matorral y he vijto todo. Por delante viene un pelotón de caballería como de cincuenta hombrej. Lueguito que pasaron todoj monté en mí “conejo” y me lancé á todo correr por la vereda de la “cañaa.” Vienen algo dejjpacío y les he adelantao maj de una legua.

—Bueno, vamos á ver que sucede. ¡Muchachos, hoy es nuestro día! ¡Van á ver los *gabachos* lo que son los hombres! Ustedes, cinchen sus jamelgos.....y ustedes, alisten las armas.....pero prontito, ¿eh?

* **

Aquella tropa improvisada se puso en movimiento y quince minutos después es-

taba lista para recibir órdenes. Entre tanto que se hacían los marciales aprestos, el famoso guerrillero seguía platicando con Luciano, necesitaba, sin duda, informarse bien de todos los pormenores, y luego, sin más averiguaciones, distribuyó á su gente.

—Tú, Luciano, te vas con diez hombres por todo el camino y cargas sobre la avanzada con valor. ¡Cuidado con correr; los hombres no corren.....ya veremos cómo te portas!

—Tú, compadre Pedro, toma la mitad de la gente y te emboscas en aquellos breñales de la derecha; ya sabes, ¡duro y pa-rejo! Yo me voy con el resto por este lado, y señaló con la mano la parte medio-boscosa de la izquierda.

Todos obedecieron en el acto, con paso presuroso y una alegría que rayaba en delirio. Ya era tiempo de tomar posiciones; el sordo rodar de los carros del convoy comenzaba á distinguirse á no muy larga distancia.

Eran las diez de la mañana cuando apareció la descubierta del enemigo; toda la fuerza que custodiaba el convoy se componía de 200 hombres, además de los conductores de carros y algunos arrieros.

—¡A elloj! gritó Luciano á sus diez hom-

bres, empuñando en la diestra su magnífico machete.

—¡A ellos! ¡Viva México! repitieron todos, y se lanzaron como una bandada de fieras al encuentro de los franceses.

* * *

La sorpresa fué completa, pues el invasor creía despejado el camino y estaba muy lejos de imaginarse aquella aventura.

Mientras Luciano se batía con denuedo, una descarga cerrada salía de los matorrales de la derecha y luego otra por la izquierda, algunos franceses rodaron por el suelo y los demás hacían esfuerzos inauditos por defenderse. Las mulas de los carros se encabritaron y contribuyeron eficazmente á aumentar el desorden. Los carreros y arrieros aprovecharon el momento supremo de la confusión para escabullirse bonitamente. La tropa que caminaba más atrás se parapetó tras los carros y hacía un fuego nutrido, aunque poco certero.

El terrible Honorato que acechaba como tigre desde la maleza, apareció seguido de un pelotón de sus costeños; iba montado en un soberbio retinto que tascaba el freno con furia y escarecaba fogosamente.

enardecido, sin duda, por las repetidas detonaciones de las armas de fuego. El héroe estaba soberbio, transfigurado bizarramente como un Tamerlán, ¡qué bien le sentaba su sombrero jarano echado hacia atrás y sostenido con el barboquejo de cinta negra!

—¡Adentro, muchachos, no tengan miedo! ¡el miedo se hizo para las monjas y los coyones! ¡fuego sobre los *gabachos!* gritaba como un condenado del Dante. Y las detonaciones y los sablazos se sucedían con una violencia indescriptible, pavorosa y sinicstra.

La acometida fué tan violenta, tan ruda y tan hábilmente ejecutada, que los franceses vacilaron y emprendieron la retirada, no sin el firme propósito de reorganizarse un poco más atrás del camino que habían recorrido.

El guerrillero no perdió tiempo; comprendió, como hombre de extraordinaria sagacidad, que los instantes eran preciosos y que preciso era sacar el mejor partido de las circunstancias. Así que al ver la vacilación del enemigo, ordenó que algunos hombres siguieran haciendo fuego entre tanto que otros cortaban con sus machetes los arneses y ponían en salvo la mulada. Cosa de una veintena de guerri-

Heros se ocupó violentamente en quemar el parque y en apropiarse algunas armas y municiones, algunas sólo, ya que estaban imposibilitados de llevarse aquella inmensa cantidad de provisiones.

Quedaron tendidos en el campo 25 cadáveres de la tropa francesa y un herido, habiendo caído, además, cuatro prisioneros.

¡Y cosa maravillosa, la guerrilla de Domínguez no había tenido en la desesperada refriega ni un muerto, ni un herido siquiera. El grupo de valientes se alejó alborasado, algunos riendo de buena gana por la feliz aventura, conduciendo como trofeo de guerra una magnífica mulada y algunas armas.

Los franceses que habían recibido considerables refuerzos se aproximaron al lugar del combate en donde sólo encontraron montones de despojos que seguían ardiendo y sus 25 muertos que se apresuraron á sepultar en el próximo barranco.

~~*

Esta fué la acción memorable que ha pasado á las hojas de nuestra historia patria como un timbre de gloria, con todos los fulgores de una epopeya inmortal, porque

fué ejecutada sin más estrategia y sin más disciplina militar que las que pudieron dar á nuestros heroicos soldados el valor, la serenidad, la astucia y el profundo amor á la patria.

Cuando el gran Presidente Don Benito se enteró del fausto suceso, por conducto del Ministro de la Guerra, mandó sus entusiastas felicitaciones al jefe Domínguez y á todo el personal de la guerrilla, por su valiente comportamiento y por su inquebrantable adhesión á la santa causa de la República.

Los soldados del invasor se sintieron tan humillados y á la vez tan medrosos por éste y otros varios reveses, que tomaron la providencia de aumentar en lo sucesivo sus refuerzos, para poder conducir con relativa seguridad sus provisiones de boca y guerra.

Honorato fué un tipo simpático del tiempo de la Intervención Francesa; por su bravura se hizo merecedor del respeto y la estimación de sus conterráneos, del aprecio de nuestros caudillos, y fué por algunos años el terror de los *gabachos*, como él llamaba á los inocentes enviados de Napoleón III.

Y ya que no tiene un monumento que perpetúe su nombre y hable á sus pósteros

de sus brillantes hazañas, debemos, los que hemos recogido la valiosa cosecha de la libertad, consagrarle un sentimiento de gratitud en nuestros corazones de patriotas.



LA MUERTE DE ZARAGOZA.

(8 de Septiembre de 1862)

Una carretela tirada por seis acémilas y resguardada por un piquete de caballería á las órdenes de un Comandante, pasaba rápidamente por la garita de Amozoc, situada al oriente de la ciudad de Puebla.

Entre la garita y la ciudad, desde donde se distinguen á la perfección las sinuosidades del cerro de Guadalupe y la llanura de la hacienda de Rentería, una persona joven aún, completamente rasurada, portando fieltro gris y espejuelos con varillas de oro, asomaba el rostro por la portezuela derecha, sin duda para contemplar á su sabor aquel panorama de gratísimos recuerdos.

De pronto, lanzando un suspiro, dijo con voz apacible: "Aquí fué el gran día de la Patria."

Quien pronunciaba tan hermosa frase era el invicto General Ignacio Zaragoza.



El héroe del 5 de Mayo pasaba otra vez por aquel sitio el 4 de Septiembre de 1862, cuatro meses después de la memorable batalla en que veciendo á Laurecey, entraba radioso en el templo de la Fama, cubría de gloria al bisoño Ejército de Oriente y glorificaba á la patria, á esta bendita patria mexicana tan mal comprendida y peor juzgada por sus enemigos del extranjero.

Zaragoza estaba enfermo; hacía tres días que había dejado el campamento á instancias de sus compañeros de armas, para proporcionarse los recursos de la ciencia médica y mejores comodidades en una capital como Puebla.

Unas calenturas perniciosas, atrapadas en la tierra malsana del Estado de Veracruz, se le declararon abiertamente el día 1º del referido mes, y muy á su pesar, tuvo que decir *adios* á sus queridos soldados ¡ay! era el último *adios* á aquellos valientes y heroicos luchadores de la República.

Una vez instalado en una cómoda habitación, el General fué atendido por expertos facultativos, los que parece abrigaban alguna esperanza de salvarle.



El ilustre General dormía; su sueño aparentaba ser tranquilo, nadie sospechaba que había llegado el terrible momento de la crisis. De pronto se agitó en el lecho y apoyándose con los codos quiso incorporarse, abrió desmesuradamente los ojos, paseó la mirada febricitante por el recinto y gritó con voz tonante “¿Qué sucede, muchachos?.....¡El enemigo al frente!..... ¡Son unos cobardes!..... A ver mis botas! ¡mis botas!!..... Mis armas..... ¡pronto!.... Mi caballo..... ¿está ensillado?..... ¿ Y mi asistente?..... Pablo..... ¡Pablo!..... Pero ¿dónde está Pablo?..... ¡qué diablo de hombre, ya se pasó á los franceses!.....”

Y el asistente Pablo, pálido, triste, aturdido sin saber que hacer ni que decir, no pudo más, y se echó á llorar como un chiquillo. Era fiel como un perro, (perdónese la tosca comparación,) amaba á su Jefe no como á un amo, sino como á su propio padre, y se sentía desfallecer de pesar al ver á su Jefe que probablemente estaba en artículo de muerte.

Toda la gente se puso en movimiento, algunos oficiales aparentaban obedecer las órdenes y otros tranquilizaban al valiente General, asegurándole que el enemigo se-

ría batido al instante. El médico de cabecera le asistió con esmero y después de media hora de delirio el paciente entró en relativa calma; desgraciadamente ésta no duró sino unas cuantas horas, pues en la noche se repitió el acceso con más intensidad.

:

—“Oiga usted, Negrete, gritó con terrible agitación, cargue usted con su columna sobre la izquierda y fuerce el paso, es necesario jugar el todo por el todo. Que me llamen á Berriozábal, pero al instante ¡ah!.....que aquí está.....mire usted, General, con cuatro columnas cargue sobre el centro, sin pérdida de tiempo, porque Negrete se arruina. ¡Oh! ¡qué zuavos tan atrevidos!”

Y Zaragoza se removía desesperado en su lecho. El doctor Navarro se acercó pausadamente, le tomó el pulso, le pasó la mano por la frente y después de contemplarle un buen rato se alejó de la cama moviendo tristemente la cabeza. El buen Doctor había perdido la última esperanza.

:

El vencedor de los franceses seguía delirando, ya combinando ataques ya dictan-

do órdenes; tan pronto se creía derrotado como vencedor. El campo de batalla era su perpetua obsesión.

Uno de los momentos más afflictivos para los circunstantes fué aquel en que el General se creyó desobedecido y traicionado en el fragor del combate.

—“Tráiganme aquí á Carbajal.....¿no oyen?.....nó.....nó.....mejor no lo traigan.....usted Coronel, vaya al instante y fusile á ese cobarde.....me responde con su cabeza.....¿lo oye?” Y se quedó contemplando largo rato con mirada extraviada á un oficial que estaba parado en medio de la estancia.

El día 7 se pasó triste, casi nadie creía en el alivio del esclarecido militar; al pardear la tarde el decaimiento y la gravedad se hicieron más notables en aquella robusta complexión que estaba en momentos de ser vencida. Por la noche el desvarío continuó sin intermitencias.

Causaba verdadera pena contemplar el ardoroso trabajo de aquella inteligencia abrasada por la fiebre.

El General se creía luchando en las inmediaciones de Puebla, otro 5 de Mayo se elaboraba en su cerebro, ¡qué mejores momentos, qué satisfacción más intensa!

—“Ya corren los zuavos, decía con ani-

mación, ya corren. ¡Qué bueno! ¡Así me gusta, muchachos!.....¡adentro!.....¡adentro!.....Usted, Coronel, corra y avise á Carbajal, en Amozoc, que tome prisioneros á todos esos zuavos que se escapan por la falda de la Malinche.....¡Ahora sí!..... ¡ahora sí!”

De las varias personas que le acompañaban en la misma casa, unas estaban carriacontecidas, otras platicaban en voz baja lamentando las penas del héroe y otras lloraban en silencio.

En uno de esos momentos de terrible agitación, el General quiso levantarse y pidió con energía sus botas de montar y su caballo. Una persona se acercó á la cabecera y le suplicó que estuviera quieto que no intentara levantarse.

—“¡Cómo! exclamó desfallecido el héroe ¿estoy prisionero?”

—Sí, le contestó su colector casi maquinalmente.

—“¡Vaya!...¡vaya!.....todo se acabó...”
Y permaneció sosegado por largo rato.

El día 8 por la mañana, al percibirse á lo lejos el toque de los clarines y el redoble de los tambores, murmuró el moribundo: “Ya vienen á traerme para fusilarme, pero cuidado como fusilan á estos valientes.”



En el reloj de Catedral sonaron las 10 de la mañana, el ilustre General Zaragoza agonizaba, un instante más y se despedía para siempre de la vida. Sus últimas palabras, en los estertores de la muerte, al pasear por el recinto su mirada lúgubre, fueron éstas: “¿Cómo?.....pues qué también tienen prisionero á mi Estado Mayor?..... ¡Pobres muchachos!” Y no pudo decir más.

El hilo del telégrafo, con su acostumbrado y desesperante laconismo, estuvo transmitiendo por todos los Estados de la República en comunicación, este único y tristísimo mensaje: “El ilustre General Zaragoza ha muerto á las 10 y 5 minutos de la mañana. La patria está de duelo.”

Y efectivamente, la patria acababa de perder á uno de sus buenos hijos, al que en momentos supremos,—cuando las miradas de todo el mundo estaban suspensas sobre los acontecimientos de Puebla,—la había reivindicado de los ultrajes y la había hecho respetable á la faz de las naciones civilizadas. La patria, cubierta de fúnebre crespón, lloraba la ausencia de su hijo esclarecido de quien esperaba mucho todavía, pues Zaragoza se despedía de la vida á la temprana edad de 33 años.

¡Oh veleidades de la fortuna! La muerte del héroe debía ser considerada como buen presagio para el invasor, quien despechado é impaciente sólo esperaba los cuantiosos refuerzos que venían en camino para marchar sobre Puebla y tomar el desquite de su pasada derrota.

~~*

En Puebla, llamada hasta entonces de los Angeles, había fiesta, la fiesta de la Natividad; pero tan luego como los habitantes tuvieron noticia del fatal acontecimiento, se abstuvieron de toda manifestación de pompa, algunos permanecieron encerrados en sus casas haciendo los comentarios del caso, y otros se encaminaron á visitar los restos del ilustre muerto. Varias damas, vestidas de luto se daban de un balcón á otro la triste noticia y se deshacían en elegios del immaculado patriota.

Los soldados, sobre todo, se sentían agobiados, el dolor se reflejaba perfectamente en sus semblantes, no había medio de consuelo en aquel trance inesperado y triste. Cuando la tropa situada al frente del enemigo recibió el primer mensaje, se quedó muda, no podía concebir tamaña desgracia, creía más bien que era víctima de

una pesadilla, pero al fin tuvo que rendirse al peso de la despiadada realidad. ¿Quién puede concebir el dolor de aquellos valientes soldados que idolatraban á su jefe? Pasemos sobre esta dolorosa situación para no incurrir en una tosca parodia de la tempestad inmensa que se desencadenaba en los corazones de aquellos soldados intrépidos.

Hay un caso, entre muchos que pudiéramos relatar, tan conmovedor y elocuente, que por sí solo basta para hacernos admirar la fidelidad de la tropa y el amor que profesaba al que supo con mano diestra conducirla á la victoria. Los soldados del batallón de zapadores, víctimas de la penuria, como casi todos los soldados de la República, *vendieron su ración de pan* para poder comprar un poco de crespón negro y aparecer enlutados.

¡Oh santo amor del soldado! ¡Esta manifestación espontánea, acompañada del sacrificio, le honra tanto como su arrojo sobre el enemigo y su serenidad ante la metralla!



La infausta nueva produjo en la capital de la República honda consternación, como era de esperarse; hasta los mismos par-

tidarios de la Intervención se sentían poseídos de cierta melancolía, al fin eran mexicanos, y mexicano muy ilustre era el que acababa de sucumbir. En el Congreso de la Unión se pronunciaron discursos patrióticos y encomiásticos como un tributo de cariño y como expresión ingenua del sentimiento nacional. A la vez se publicó solemnemente el decreto en que se declaró al General Zaragoza Benemérito de la Patria, se le ascendió á General de División se le dió á Puebla el sobrenombre de Zaragoza y se pensionó á su hija con la cantidad de *cien mil* pesos.

¡Justo homenaje inspirado por la gratitud nacional!

Los restos de Zaragoza fueron conducidos á la metrópoli y depositados en el panteón de San Fernando, presidiendo el duelo el Presidente Don Benito Juárez. En acto tan imponente pronunció la oración fúnebre el distinguido patriota don José María Iglesias y recitó unos versos sentimentales el popular vate don Guillermo Prieto.



Hace unos cuanto años, la ciudad de Puebla levantó, al pie de Loreto, una estatua ecuestre al invicto General Zaragoza;

el héroe, con el índice de la mano derecha, está señalando á la generación actual y á la posteridad el sitio memorable donde el humilde ejército mexicano venció á los primeros soldados del mundo y la patria se coronó de laureles inmarcesibles.

No cabe duda, en el calendario civil, Zaragoza es uno de los santos de la República.



UN HERMOSO RASGO DE PATRIOTISMO.

El 26 de Febrero de 1862, el Gral. Jesús González Ortega, encargado de la defensa de Puebla de Zaragoza á la cabeza de 20,000 hombres, recibía el siguiente mensaje: "En este momento (2.38 de la tarde) llega á la hacienda de los Alamos el enemigo invasor. Lo aviso á Ud. para su gobierno."

El enemigo avanzaba lentamente y con un lujo de precauciones extraordinario, tal vez tenía razón, pues pasaban ya de una docena los convoyes que se le habían quitado por las guerrillas mexicanas. Además, los cañones de sitio y las provisiones de boca y guerra conducidos en pesados carros hacían sumamente fatigosa la marcha. No es de extrañar entonces que el ejército invasor, compuesto de 40,000 hombres, apenas rindiera diariamente jornadas de cuatro á cinco leguas.

El Gral. González Ortega no se había dado punto de reposo en los preparativos

conducentes al largo sitio á que había de ser reducido, según lo preveía por las aparatosas demostraciones del Gral. Forey. Las obras de defensa, magníficas en verdad, dados los escasos elementos con que se contaba, habían sido encomendadas al Coronel Joaquín Colombres, quien, por sus infatigables esfuerzos y su espíritu militar desbordante, fué premiado por el Presidente Don Benito con el grado de General de Brigada.

El estado de ánimo de las tropas mexicanas era excelente, nadie se sentía desfallecer ni medroso por la superioridad del enemigo, al contrario, todos ansiaban el momento de la lucha, tanto para escarmentar una vez más al codicioso invasor, cuanto para derramar su sangre en defensa de la patria y fecundar la preciada simiente de la libertad.



A un grupo de militares que departía amigablemente en el Portal de Mercaderes, se acercó un paisano, de aspecto agradable y vestido con cierta decencia, que saludando á todos con una ligera inclinación de cabeza, tendió resueltamente la mano á un oficial del Estado Mayor y le dijo:

—Vengo á despedirme, Manuel, ¿qué mandas para la tierra?

—Pues, hermano, buen viaje y muchos recuerdos para todos. Quizá sea la última vez que nos veamos; pero si salgo con bien de esta *tremolina*, por allá nos veremos cuando Dios quiera.

—Ten fe, hermano, la causa que defiendes es santa, debemos tener confianza en los buenos resultados; lo único que siento es no poder acompañarte para pelear á tu lado contra nuestros enemigos, pero ya sabes, tengo mucha familia y además no estoy completamente sano. El médico dice que guarde yo dieta y que observe puntualmente el método que llevo escrito.

—Oye, (con permiso compañeros, dijo Manuel al grupo de militares, y se alejó unos pasos con el paisano) hazme el favor de saludar á Concha y darle esta cartera que contiene algunos recuerdos sumamente valiosos para mí; dile, además, que no la he olvidado ni un instante, ni podré olvidarla nunca, y que su imagen me acompañará dándome aliento en el fragor de la batalla; si vivo, pronto iré á casarme, y si muero, que no se aflija, habré muerto con dignidad por el nombre bendido de la patria.....

El paisano se alejó pensativo, era José

Sánchez, vecino de Atlixco, hermano de Manuel, uno de los oficiales del Estado Mayor del Gral. González Ortega.

Al toque de llamada, lanzado desde la residencia del Cuartel Maestre, Manuel y sus compañeros de armas se marcharon sin perder un instante. Todos los demás jefes y oficiales de la guarnición fueron agrupándose poco á poco en el lugar de la cita, el General en Jefe se paseaba pensativo, con un pliego en la mano, y cuando todos estuvieron reunidos, se expresó así: "Señores, tenemos que recibir al C. Presidente de la República, en este telegrama se me dice que ya se pone en camino, viene para inspeccionar las obras de defensa. Ya me encargo de dictar las órdenes para el recibimiento y espero que cada uno aprovechará la ocasión para avivar el fuego patrio de los soldados con la presencia del Primer Magistrado. Os he llamado solamente para comunicaros tan grata noticia."

Frenéticos hurras y prolongados aplausos fueron la respuesta que aquellos intrépidos militares dieron á la breve peroración de su General en Jefe; el nombre de Juárez era como un talismán, algo así como el emblema de grandes y soñados triunfos. No era de extrañar, por consiguien-

te, que la buena noticia produjera el efecto de una chispa eléctrica en aquellos bravos corazones, que sólo esperaban el momento oportuno para lanzarse como leones sobre las aguerridas columnas de los franceses.



Pocos días después el Presidente Don Benito entraba solemnemente en la ciudad de Zaragoza, ciudad que en breve sería acerbillada á cañonazos, pero jamás humillada con una rendición vergonzosa. Hubo gran parada militar, las campanas repicaban alegremente, las damas arrojaban ramos de flores al paso de la comitiva, un gentío inmenso tomaba posesión de las aceras y las exclamaciones de júbilo se escapaban estentóreas de todos los pechos. La fortaleza de ánimo que recibió la tropa fué extraordinaria y contribuyó de modo eficazísimo á la ejecución de las proezas, casi legendarias, que se sucedieron después con admiración general de los sitiadores.

Después de inspeccionadas las fortificaciones, el señor Juárez se dirigió al ejército en estos términos: "*Soldados:*" Por fin el enemigo abandonará dentro de breves días la inacción en que lo forzasteis á cambiar su arrogancia, y satisfará vuestro más

impaciente deseo, acercándose á esta ciudad, que lleva un nombre tan ilustre para vosotros, como fatídico para los invasores de la patria.....

Soldados: en vuestro denodado pecho más que en los fuertes que circundan esta ciudad, tiene la República cifradas sus más preciosas esperanzas.....

Soldados: ¡Viva México! ¡Viva el Ejército de Oriente!”

Ya lo hemos dicho, la presencia del Presidente, y por supuesto, las hermosas palabras de aliento que quedan transcritas, produjeron magníficos resultados. El señor Juárez y su comitiva regresaron á la capital.



Una mañana, cuando los exploradores, transmitían la noticia de que la descubierta del enemigo estaba á la vista, el General González Ortega recibía una carta concebida, en su parte esencial, en estas patrióticas palabras: “Ciudadano General en Jefe: El que suscribe.....deseando contribuir con su grano de arena al logro de tan loable objeto, ofrece al Supremo Gobierno los únicos bienes que posee, y constan de unas casas por valor de dieciocho mil pesos, para que disponga del producto de sus

rentas por todo el tiempo que dure la presente guerra.....” “José Sánchez.”

¡Sublime rasgo de patriotismo! ¡Glorioso episodio, digno de ser consignado en las páginas de la historia para eterna enzeñanza de las generaciones que nos sucedan!

El General en Jefe contestó en términos laudatorios la expresiva carta y aceptó con gratitud, en nombre de la nación, el magnífico ofrecimiento, expresando á la vez su confianza de que muchos ciudadanos se inspirarían en ese hermoso ejemplo, para sostener hasta el fin la dignidad de la República.

Cuando la patria se veía profanada por los invasores, mancillada en sus caros intereses de honor sin motivos plenamente justificados, casi exhausta por las frecuentes sangrías de sus guerras intestinas, sin un centavo en los cajas del tesoro, traicionada por algunos malos hijos que suspiraban por la monarquía, expuesta á una lucha sin tregua, despiadada y sangrienta; un hijo leal—y con él otros muchos—patriota inolvidable de corazón espartano, le ofrecía con gusto sus pocos recursos, que era cuanto tenía, para contribuir á su defensa.

Con temperamentos de esta naturaleza, que afortunadamente no escasearon nun-

ca, que trocaban el arado por el fusil, que abandonaban á sus familias para alistarse en el ejército nacional y que se desprendían de sus bienes de fortuna, aunque éstos no representaran sino un puñado de monedas escasamente, no era de temerse por la suerte de la guerra, y así sucedió en efecto, cinco años más tarde el ejército de Napoleón III desocupaba el territorio de la República, el Gobierno legítimo se instalaba en el Palacio Nacional y el hermoso pabellón tricolor ondeaba gallardamente en los edificios públicos. ¡Oh! invictos hijos de México, vuestro ejemplo será siempre motivo de orgullo y de remembranza imperecedera.



El nombre de José Sánchez es sumamente común, nada tiene de particular para llamar la atención del pueblo, pero en la historia del Ejército de Oriente está escrito con letras diamantinas, y cada vez que el lector curioso y amante de las glorias patrias lo vea inscrito en el catálogo de nuestros héroes, no podrá menos que rendirle un justo tributo de admiración.

¿Qué significaba aquél puñado de monedas ofrendado en el altar de la patria,

ante la inmensa desgracia y la penuria desesperante que agobiaban á la nación? Casi nada, pero el sacrificio era heroico, sublime como pocos, porque representaba todo el haber de un hombre casado, es decir el pan de una familia entera. El alma que es capaz de llegar á una resolución semejante, debe ser sin duda el alma de un patriota, alma de oro de muchos quilates forjada en el mismo yunque donde se formaron esos grandes y nobles caracteres que llamamos Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos Bravo y Juárez.

La historia no dice más, ha sido sumamente parca, y ha hecho bien, porque los pormenores de las desgracias que siguieron después, no hacen falta para la glorificación del héroe. Nosotros, sin embargo, hemos descornado el velo y hemos contemplado un inmenso cuadro de desolación y tristeza. Los hijos de José Sánchez anduvieron descalzos, con las ropas raídas, alimentados miserablemente y muchas veces sucios como hijos de pordioseros. El trabajo del padre, trabajo humilde y de escasos rendimientos, no daba lo bastante para la prole, pero aun así, jamás una queja se escapó de aquel corazón espartano.

Sirvan estas líneas, después de 43 años, para ensalzar las virtudes cívicas de un

hombre esclarecido que mereció bien de la patria y que merece, además, en su sepulcro ignorado, esta sentencia: *Honor á quien honor merece.*

Habían transcurrido algunos meses; el invasor, después de la rendición de Puebla, tomaba posesión de la capital de la República. Un día, en la parroquia de Atlixco, sin ostentación, y sólo ante un reducido número de amistades, se celebraba un matrimonio.

El hermano de José Sánchez, Manuel, el valiente oficial del Estado Mayor del General en Jefe del Ejército de Oriente, que á fuerza de astucia había logrado escapar del número de los prisioneros de guerra, se desposaba con la simpática Conchita Rubio, habiendo apadrinado el acto Don José y su esposa Doña Margarita.

Quince días más tarde, Manuel, con beneplácito de toda la familia, estaba otra vez en campaña.

EL FUERTE DE SAN JAVIER.

(26-30 de Marzo de 1863).

La ciudad de Puebla de Zaragoza estaba sitiada. Hacía quince días que sufría los estragos de un vigoroso bombardeo. Forey, aleccionado por el inesperado descalabro de Laurencez, había procedido de acuerdo con las prescripciones de la ciencia de la guerra, haciendo honor, por otra parte, al denuedo y bizarría de nuestro Ejército de Oriente, mandado por el héroe de Calpulálpam. Los franceses ardían en deseos de vengar la afrenta del 5 de Mayo, y era de verse su espléndido comportamiento al cargar sobre las improvisadas fortificaciones del adversario; el ejército mexicano, por su parte, sostenía sus defensas con un valor y una ardentía inmensamente prodigiosos.

Cuando tronaba el cañón y la metralla iba á rebotar sobre los muros ó los escombros, levantando una gran nube de polvo, un grito de entusiasmo respondía á las bravatas enemigas, y cual más cual menos se

empeñaba en reparar, muchas veces á pecho descubierto, los estragos de la artillería; todos estaban rebosantes de patriotismo, sin murmurar una sola palabra de desaliento y con la seguridad de que allí, en los muros de la invicta ciudad, se habían de estrellar los esfuerzos, las armas y el arrojo de los primeros soldados del mundo.

* * *

La noche del 26 de Marzo de 1863, era una de esas noches apacibles y tranquilas; la luna, con su cortejo de estrellas, brillaba majestuosamente en la inmensa bóveda del cielo; las fogatas del enemigo perceptibles en todo el perímetro de la ciudad formaban un anillo de fuego apenas interrumpido á cortos trechos; la artillería tronaba casi sin interrupción de uno y otro lado, parece que ambos adversarios se disputaban el honor de estar en vela para resguardar sus respectivas posiciones é infligir el mayor daño posible á las mismas.

Entre tanto, los habitantes de la población se habían entregado al descanso, no sin hacer antes los comentarios del día, encomendarse á la Providencia, preocupados como estaban con la natural zozobra,

de encontrarse al día siguiente con novedades de más ó menos consideración.

* * *

En el Fuerte de San Javier una parte de la guarnición estaba sobre las armas, al pie de los cañones, lista para repelar cualquier ataque, conociendo como conocía de facto la tradicional osadía del ejército francés; otra cenaba tranquilamente en el interior de la fortaleza.

De pronto se destacó á la entrada del edificio un personaje cubierto hasta los ojos en una amplia capa negra, que con paso un tanto agitado se acercaba al grupo de soldados. Todas las miradas se fijaron sin pestañiar sobre el misterioso personaje que así se permitía el lujo de interrumpir aquella sabrosa cena.

—El sargento Julián Hinojosa? dijo nuestro hombre, antes de llegar hasta el grupo.

—¡Presente! mi jefe, respondió el sargento, poniéndose en pie al reconocer la voz del joven oficial Smith, que era precisamente el hombre de la capa.

—Vaya corriendo á ver al Gral. Antillón y dígale que el enemigo prepara una sorpresa sobre el Fuerte, acabo de observar-

lo cerca de sus trincheras, probablemente se trata de un asalto; pero..... ¡volando! que una gruesa columna se nos viene encima.

El sargento Hinojosa salió á escape.

—Y ustedes, agregó el oficial Smith, dirigiéndose á los demás, á sus puestos sin perder un instante.

El valiente oficial no se había equivocado, pues en efecto, Forey había dispuesto una columna de más de cuatro mil hombres, dotada de suficiente artillería, para intentar una sorpresa, deseaba vivamente tomar el Fuerte á fuego y sangre, por medio de uno de esos asaltos desesperados que tanto honor habían hecho á los franceses en la guerra sangrienta de Crimea.

Era el primer asalto formal que intentaba, tanto para dar á sus frenéticos soldados la ocasión del desquite, cuanto para quebrantar al enemigo y llevar la desmoralización á sus filas, si era posible.

..*

La columna, saliendo cautelosamente de sus parapetos, se adelantaba hacia el Fuerte de San Javier, protegida eficazmente por toda la artillería de la parte occidental que había concentrado sus fuegos sobre un mismo punto.

El General Antillón y un momento después el General en Jefe llegaban á tiempo. En un recodo de la fortaleza cruzaron breves palabras con el oficial Smith, y luego dijo en alta voz el Gral. González Ortega, con esa convicción profunda del que sabe bien lo que dice y lo que hace: "no hay cuidado, no hay cuidado, nuestros refuerzos vienen en seguida."

Una verdadera avalancha de enemigos se precipitaba sobre el Fuerte, atronando el espacio con las nutridas descargas de la fusilería; y los defensores, como era de esperarse, contestaban con la misma bravura, vendiendo muy caras sus vidas y realizando hermosísimos prodigios de heroicidad.

—*¡Que vive la France!* gritaban enardecidos los zuavos.

—*¡Qué viva México!* contestaban los mexicanos entusiasmados y con los pechos henchidos de patriotismo.

En el fragor de la pelea, los combatientes llegaron á confundirse y á brazo partido luchaban como fieras que se disputan una rica presa, unos rodaban sobre los escombros y eran pisoteados y macheteados sin misericordia por los que venían atrás, y otros se disparaban á quema ropa ó se traspasaban con las ballonetas. Aquella

carnicería fué verdaderamente espantosa y memorable.



Los refuerzos que acudieron á proteger á los asaltados de San Javier se portaron valientemente arrollando y acuchillando á cuantos enemigos les estorbaban el paso; por fin, después de algunas horas de mortal pelea, el enemigo, horriblemente acosado por todas partes, no pudo resistir más y se fué retirando poco á poco sin desorganizarse y como movido por una máquina perfecta.

Los franceses estaban derrotados, pero no humillados, se habían portado como buenos y habían dejado bien puesto su prestigio de valientes. En esta vez habían tomado la escrupulosa precaución de no ser heridos por la espalda, bien sabían que esas heridas son las más ignominiosas de todas.

Con el formidable ruido de las descargas, el rodar de las piezas y las caminatas precipitadas de los batallones, de un lugar á otro, el vecindario había despertado casi en masa y muchos se aventuraban por las calles en busca de noticias.

Entre tanto que esto sucedía, una escena conmovedora tenía lugar en una humilde vivienda de la calle de Miradores.

**

—¡Antonio!...á dónde vás? Decía una mujer joven aún, medio incorporada en el lecho y fajándose precipitadamente sus faldas de percal.

—Voy á ver lo que pasa, ¿no oyes ese ruido infernal? Quien sabe si los franceses se habrán abierto paso por algún lado de la ciudad, decía el paisano Antonio Huerta á su joven esposa.

—Pero hombre, no seas testarudo, después sabremos lo que pasa; no salgas, no me dejes en esta mortal ansiedad.

—¡Cálmate, mujer! no tengas miedo, déjame marchar. Es una vergüenza que los hombres estemos encerrados en casa, mientras nuestros hermanos se batan con gloria.

Y como viera Antonio que su esposa estaba resuelta á estorbarle el paso, salió violentamente de la estancia.

Lucía, que así se llamaba la joven, estaba recién casada con Antonio, y en un raptó de egoísmo, propio en una mujer inexperta y tímida, había pretendido retener al amado consorte, cuyos impetuosos impulsos le eran bien conocidos. Pero ya no había remedio, Antonio se había marchado.

**

Ya de día la batalla prosiguió con mayores bríos, la retirada del enemigo no era definitiva de ningún modo, por el contrario se disponía con sus mejores elementos á dar el asalto, seguro casi de que la guarnición de San Javier no podría resistir por mucho tiempo. Los cañones seguían vomitando torrentes de metralla y los soldados se fusilaban á corta distancia, pues las fortificaciones del enemigo casi llegaban al pie del fuerte.

Cuando Forey creyó llegado el momento oportuno, una vez que se había librado el duelo de artillería y algunas de nuestras piezas habían sido acalladas, desprendió dos gruesas columnas, una sobre cada flanco, con el fin de envolver al enemigo y destrozarlo completamente. Pero en el momento mismo salían de sus parapetos los batallones de Guanajuato, Zacatecas, Querétaro, Rifleros y Reforma, á las órdenes de los Generales Antillón, Mendoza, García, Negrete y del Coronel Auza, dispuestos á medir sus armas con el invasor y á sacrificarse por la santa causa de la República. El espectáculo fué imponente y glorioso por mil títulos. Nuestros soldados á pecho descubierto hacían descargas cerra-

das, y los asaltantes hacían otro tanto, las primeras filas de una y otra parte eran barridas por completo, pero nadie daba señales de cejar. Llegó un momento en que los franceses se vieron flanqueados por el lado del pueblo de Santiago y en inminente riesgo de ser cortados, si no acude tan á tiempo otra columna de refuerzo.

El Coronel Auza, que estaba en uno de los sitios de mayor peligro, suplicaba al General en Jefe, casi con lágrimas en los ojos, que no lo removiera de aquel lugar, allí estaba en su elemento. Este valiente Coronel, uno de los más denodados defensores del sitio de Puebla, se portó con una bizarría sublime, digna de ser comparada con el glorioso comportamiento del Gral. Cambrón en Waterloo.

::

En el Fuerte se sucedían otros hechos de inimitable valor, grandes y hermosos, que merecen ser grabados en los corazones de todos los buenos hijos de México. El paisano Antonio Huerta, sudoroso y jadeante, ayudaba á cargar las piezas desafiando todos los peligros con una bravura que tenía pasmados de admiración aun á los veteranos más prestigiados del ejército. El

heroico comportamiento llevó el contagio á todos los pechos, como era de esperarse, y el artillero Matías Romero, aventando el chacó por lo alto y gritando vivas á la Patria, se adelantó hacia un punto destrozado de la fortificación y se puso á repararlo á la vista del enemigo.

Las balas silbaban por todas partes, pero como un tributo al valor, respetaron la vida de aquel valiente. En el mismo sitio fué elevado á sargento, y al incorporarse á sus compañeros, una vez terminada su difícil faena, fué aclamado y felicitado por la tropa con un entusiasmo rayano en delirio. El sargento Julián Hinojosa estaba desarmado; un casco de metralla le había arrebatado el arma del brazo, suceso que festejaron ruidosamente sus camaradas; él, muy serio, se limitó á decir: "vaya qué puntería la de esos artilleros, allí me las den todas," y tomó, como si tal cosa, otra arma de las que estaban tiradas en el suelo.

De estos hechos abundan en la memorable historia del sitio de Puebla.

* * *

Las columnas francesas se sintieron impotentes por lo pronto para continuar el

asalto, y rendidas y mal humoradas tomaron la providencia de retirarse. Los republicanos habían perdido 500 hombres entre muertos y heridos, las pérdidas del enemigo habían sido mayores, el Fuerte estaba casi destruído, pero sus valientes defensores no querían abandonar aquel montón querido de escombros.

El General en Jefe se apresuró á practicar una vista de ojos y comprendiendo que San Javier estaba para venirse abajo y que era completamente inútil seguir sacrificando más vidas, determinó transportar los cañones y dejar que los franceses se posesionaran de las ruinas.

Pero, para hacerles comprender que de ningún modo la defensa estaba agotada, comisionó á Smith á la cabeza de cien hombres, á que siguiera disputando palmo á palmo el punto codiciado. No fué sino hasta el día 30, es decir, después de cinco días de combate encarnizado, cuando los franceses se hacían dueños, con profundo disgusto, de la mencionada fortaleza que ya no servía para nada.

Así terminó el glorioso episodio que asombró á los franceses y que en la historia del sitio de Puebla es conocido con el nombre del asalto al Fuerte de San Javier.

Después de la espléndida victoria del Ejército de Oriente en el ataque más formidable del día 27, Antonio se presentaba en su casita de la calle de Miradores, cubierto de polvo y sangre, con el rostro denegrido y el cabello enmarañado, pero feliz y satisfecho por haber cumplido con sus deberes de ciudadano. Lucía, que había estado inconsolable como una Magdalena, lanzó una exclamación desgarradora de estupor y estrechó á su marido entre sus brazos.

—Vienes herido, Antonio, dime qué te ha pasado? Ya ves, no te lo decía?

—No, Lucía, no tengo nada. Cálmate... cálmate, que no me duele ni una uña.

Lucía, satisfecha con tan feliz situación, cubría de besos á su Antonio, y desde el fondo de su alma sencilla y noble, daba gracias á la Providencia y bendecía el nombre sacrosanto de la Patria.

Una Escena en la Calle de la Estampa.

[7 de Abril de 1863].

Era de noche. Una noche imponente por lo tenebrosa; ni una estrella brillaba en el cielo, ni una fogata chisporroteaba en los campamentos de los adversarios. Sólo en el interior de la ciudad, una que otra lucesilla de farol se percibía confusamente. Había estado lloviendo desde las seis de la tarde de aquel día, 7 de Abril, y por lo encapotado del cielo era fácil prever que la tediosa lluvia no tenía trazas de cesar en toda la noche.

La ocasión realmente era poco propicia para andar por esos mundos á caza de aventuras; pero estábamos en guerra, la ciudad de Puebla sufría el formidable asedio de los franceses, y por supuesto, no era de extrañar que algo extraordinario aconteciera en uno ú otro lado. Las patrullas francesas y republicanas, tomando todo género de precauciones, evitando hasta el menor ruido posible, se deslizaban como fantasmas por los paredones y escombros. Al aproximarse á las trincheras, unos y otros

adversarios casi se husmeaban, ya que el oído y el ojo más diestros eran materialmente incapaces de penetrar al través del velo de aquella noche misteriosa y lóbrega.

En la calle de la Estampa, una casa en estado lastimoso, con más de la mitad del techo caído, las paredes derrumbadas unas, y otras con anchos boquetes, denunciaba desde luego que había sido cañoneada terriblemente por el enemigo. Y así fué, en efecto, pues en las primeras horas de la noche, allí se había librado un gran combate.

Al fragor de la contienda y al estruendo del cañón, á la gritería enfurecida de los combatientes y al choque vigoroso de los sables y ballonetes, había sucedido una calma de cementerio.



Por uno de los destartalados corredores caminaban percatándose cuatro personajes: el primero, de gallardo continente, era un General; el segundo, rubio, de abundante cabellera, ojos azules, con la levita completamente abotonada, era un Comandante de Fragata; el tercero, joven simpático, de porte marcial y maneras distinguidas, era un Comandante de batallón, y el cuarto, joven de 25 años, militar instruí-

do y cuyo principal elogio consistía en su valor incontrastable, era un Capitán de infantería. Los cuatro, recargados á la pared, conversaron breves instantes y en voz baja, y de pronto uno de ellos encendió una luz de bengala que iluminó gran parte del recinto. Después de recorrer con la mirada el espacio iluminado y no encontrar lo que buscaban, el que portaba la luz asomó el rostro por una de las claraboyas; nada ni nadie daba señales de vida.

El joven Capitán empuñó resueltamente su espada y mientras su compañero de la luz le alumbraba el sendero, se empeñó en descender por la destrozada escalera. Ya en el patio saltó con no poco trabajo sobre los montones de escombros y los muertos, hasta colocarse frente á una puerta desvenejada donde exclamó en correcto francés: "*Rendez vous. Ne craignez pas. Les republicains vont pardonent.*"

¿Qué pasó entonces? Aquellas palabras fueron como un conjuro de poder mágico, algo así como el *sésamo* del cuento. Salió primeramente de aquella triste mansión un sargento francés, cubierto de polvo y sangre, con la cabeza vendada, y dijo humildemente que todos estaban dispuestos á rendirse y que confiaban en la clemencia de los republicanos. El Capitán le

tendió la mano con cierta dignidad y le dirigió la palabra en términos bondadosos.

Uno tras otro, hasta el número de 35, fueron saliendo los zuavos que habían quedado cortados al derrumbarse la casa y fueron rindiendo sus armas. Entre tanto, los otros militares mexicanos habían bajado también al patio y contemplaban mudos aquel episodio conmovedor. Algunos de los prisioneros se enjugaban las lágrimas y embargados por la emoción casi no podían pronunciar palabra, otros besaban enternecidos las manos de sus magnánimos vencedores.

El General no pudo sufrir más en silencio tan penosa situación y de sus labios se desbordó un torrente de palabras cariñosas para consolar á aquellos desgraciados, y á la vez para elogiar su brillante comportamiento. El Comandante de Fragata fué por una vasija de agua, para saciar la sed de los vencidos que se sentían desfallecer.

El Comandante de infantería tomó en sus robustos brazos á un pobre herido que casi no podía dar paso, y así cargó con él, como si se tratara de un niño, ó de un hijo, hasta colocarlo en una camilla de la ambulancia. El Capitán, sacando del bolsillo una magnífica mascada, prenda que guardaba religiosamente como uno de tan-

tos recuerdos cariñosos, se ocupó con solícito empeño en vendar la pierna destrozada de otro prisionero. ¡Rasgos hermosos de la hidalguía mexicana que perdurarán en las doradas páginas de la historia, como un solemne mentís á los calumniadores de los nobles y bravos descendientes de Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez!

Si los mexicanos se habían cubierto de gloria al repeler un ataque brusco y desesperado, también se habían hecho dignos una vez más del respeto y la admiración, por sus sentimientos humanitarios.



Para satisfacer la curiosidad de algunos lectores, muy natural por cierto, al tratarse de las brillantes proezas de nuestros soldados, daremos algunos detalles más del suceso que motiva esta narración.

Forey estaba visiblemente contrariado, los tremendos asaltos sobre San Javier le habían costado mucha gente, y sobre todo, comprendía, como militar instruído, que la toma de Puebla y por ende la rendición ó la destrucción del bizarro Ejército de Oriente, no eran cosas tan baladíes, como lo había previsto en un raptó de orgullo y cómo se lo habían asegurado paladinamen-

te los afrancesados ó los ignorantes. Así que para vindicarse ante la opinión francesa que estaba pendiente de los acontecimientos de la guerra, por más que hubiese de por medio un grande océano, y para acentuar una vez más sus firmes propósitos de triunfar sobre los muros de Puebla, ideó una serie de ataques parciales, y al efecto, concentró el fuego de su potente artillería, sus mejores reservas y demás elementos de guerra sobre determinados puntos sucesivamente.

En esta vez, sus miradas se habían fijado en la calle de la Estampa, por allí creía posesionarse de una gran parte de la ciudad.

Llamó á uno de sus buenos oficiales y poniéndolo á la cabeza de dos compañías del Primer Regimiento de zuavos, le indicó el punto que, una vez bombardeado suficientemente, debería tomar á fuego y sangre. El oficial se limitó á contestar con un saludo elegante y una sonrisa de satisfacción.

El oficial, un joven de 24 años, de un rostro tan agraciado que más bien parecía el de una señorita, con el kepis hechado hacia atrás, portando pantalón de paño colorado y levita azul, con la espada desnuda, y siempre á la cabeza de sus compañías,

se aproximó al sitio por donde mayores estragos había causado la artillería francesa, y sin detenerse más tiempo que el necesario para dar un vistazo á la escena y para hacerse cargo de la situación, trepó decididamente por los escombros.

—“*En avant!*” gritó á sus soldados, y aquellas fieras humanas se precipitaron al asalto.

Una descarga formidable y certera de los republicanos fué el marcial saludo con que recibieron á sus intrépidos enemigos, que de un modo tan audaz iban en busca de la muerte. El combate se hizo general y duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales los restos de las compañías de zuevos se retiraron en desorden, llevando á su campamento la noticia del fracaso. Esta retirada se hizo más violenta y desordenada cuando vieron que una pared se derrumbaba, aplastando á unos y cortando por completo la retirada á otros.

Forey y su Estado Mayor estaban cada vez más asombrados.



No nos envanecemos por cierto con un hecho de armas, por más que avivara el fuego patrio de nuestros soldados y coro-

nara de gloria á la República; estos hechos se repiten con más ó menos frecuencia en las guerras de todos los países, pero sí debemos pagar un tributo de admiración á nuestros valientes defensores que nunca perdieron la fe en la buena causa y que después de sus triunfos, grandes ó pequeños, siempre se portaron magnánimos y civilizados para con los vencidos, desmintiendo en cada oportunidad el dicho muy extendido en el extranjero de que las huestes sostenedoras del gobierno de Juárez, no eran otra cosa que mesnadas de gerifaltes y asesinos.

Pocos días después de la fecha que hemos mencionado, los prisioneros escribían al General en Jefe del ejército sitiador, dándole cuenta de su situación, del esmero con que eran atendidos los heridos y de la exquisita cortesanía con que eran tratados por la oficialidad y la tropa del heroico ejército mexicano.



Estamos seguros que el lector, por menos curioso que sea, querrá saber los nombres de los cuatro militares que figuraron en este episodio, y vamos á satisfacer su deseo. El de gallardo continente, que ani-

mó á los prisioneros con palabras cariñosas y los felicitó por su magnífico comportamiento, fué el *Gral. Ignacio de la Llave*, encargado de la defensa del punto; el de abundante cabellera blonda y ojos azules que había dado de beber á los desfallecientes, era el Comandante de Fragata *Fóster*; el de porte marcial y maneras distinguidas que transportó en sus robustos brazos á uno de los más seriamente heridos, fué el Comandante de infantería *La Llave*, y por último, el más joven de todos, oficial intrépido y valeroso, el que intimó la rendición en correcto francés y vendó con su elegante mascada la pierna de un prisionero, fué el Capitán de infantería *Alejandro Casarín*.

Al desenterrar este episodio de la huesa común de la historia patria, deseamos vivamente que estas líneas, por pálidas que sean, sirvân para ensalzar el heroico comportamiento de nuestros soldados que, moralmente, fueron siempre tan grandes en sus derrotas como en sus triunfos.

Santa Inés y Pitimini.

(24 de Abril de 1863.)

En una fonda humilde y estrecha de la calle de San Agustín, un grupo de oficiales, un señor licenciado—ya entrado en años—y dos estudiantes departían amigablemente, en tanto que un par de meseras—mozas robustas y vivarachas—arreglaban el albo mantel y limpiaban los trastos y vasos, para servir la cena. La conversación recaía, como era natural, sobre los episodios de la guerra, particularmente sobre las distintas peripecias del sitio. Cada quien hacía las apreciaciones á su manera, pero todos estaban contestes en que la defensa era magnífica y el ánimo de los soldados inmejorable. Los estudiantes, aunque poco versados en achaques de fortificaciones, asaltos y táctica militar, expresaban con calor su entusiasmo por la defensa de la ciudad, por el heroísmo del ejército y por las sabias previsiones del General en Jefe.

Estaban nuestros personajes en lo más sabroso de la conversación cuando se presentó en escena otro militar, correctamente vestido, alto, de duras formas, bigote espeso y de mirada un tanto desdeñosa.

Era un comandante.

Los oficiales se apresuraron á ofrecer sitio á su jefe, y el licenciado, poniéndose en pié, le tendió la mano con cierta familiaridad para darle la bienvenida, festejando á la vez con frases galantes y saladas su presencia tan oportuna.

—Conque díganos Don Antonio—dijo el licenciado—¿qué hay por esos mundos, qué nuevas nos trae usted?

—De extraordinario nada en particular. Después de los graves sucesos de la semana pasada y de las bombas que antier estuvo arrojando el enemigo al centro de la ciudad, de cuyos efectos murieron algunos pacíficos habitantes, no hay nada verdaderamente notable que merezca referirse; las cosas siguen su curso natural, y no nos queda más recurso que esperar con paciencia el desenlace. El cañoneo sobre determinados puntos sigue con pocas interrupciones, yo creo que el Gral. Forey trata de inquirir á toda costa cuáles son nuestros lados vulnerables.

—¿Cree usted, Comandante, que los frau-

ceses intenten otro asalto como el de San Javier?

—¡Como no! Allí tiene usted, por ejemplo, el episodio de la calle de la Estampa. El enemigo es muy audaz y nos ha de dar buen quehacer. Pocos días ha de vivir el que no lo vea.

—Pero la ciudad es inexpugnable; á lo menos así lo creemos todos.

—Así lo creemos, en efecto, y más todavía, esperamos con toda confianza que aquí los franceses se estrellen redondamente. Pero ya sabe usted, no creen que para ellos existan en el mundo ciudades inexpugnables.

—Se me ocurre una duda, Don Antonio, ¿qué será de nosotros si se acaban los víveres antes que el enemigo levante el sitio ó se crea derrotado?

El Comandante Don Antonio Espinosa, que así se llamaba, permaneció callado por algunos momentos, atusándose nerviosamente el bigote, y luego, como sacudido por una descarga eléctrica, exclamó, con acento farfalloso por la emoción: casi puedo asegurar á usted una cosa, y es que no nos rendiremos por hambre. El Gral. Comonfort prepara un buen golpe y la introducción de cuantiosos víveres.

Esta página no está disponible

Este mensaje se intercala en los documentos digitales donde el documento original en papel no contenía esta página por algún error de edición del documento.

Al momento los creadores de este documento no han localizado esta página.

Preguntas frecuentes:

¿Qué puedo hacer?

Ten por seguro que hemos informado al creador original del documento y estamos intentando reemplazar esta página.

¿Quién convierte estos documentos a formato digital?

Esta tarea se realiza por un grupo de personas que laboran en el proyecto de Biblioteca Digital. Nos esforzamos por convertir documentos originales a una versión digital fidedigna y comunicar a los creadores del documento original de estos problemas para solucionarlos. Puedes contactarnos visitando nuestra página principal en:



<http://biblioteca.itesm.mx>

resplandor que iluminó toda la ciudad, cual descarga formidable precursora de la tormenta, cortaron la palabra al fogoso orador. La pieza se cimbró desde sus cimientos y menudos trozos de caliche, desprendidos del techo y las paredes, cubrieron el suelo y las mesas.

El reloj de catedral sonó lúgubre y pausadamente las siete de la noche. ¡Hora terrible! ¡hora de desolación y espantosa carnicería!

Todos, con la sorpresa retratada en el rostro, salieron precipitadamente, casi atropellándose, á la calle, en donde pudieron darse cuenta del suceso.

Atraídos más que por la curiosidad por el deber, corrieron hacia el sitio donde se percibía el frenético clamoreo y las nutridas descargas de la fusilería.

He aquí lo que había pasado.



Aprovechándose de la profunda lobre-guez de las noches anteriores, el Gral. Forey había mandado minar un gran trecho de la calle de Santa Inés. Se proponía con este procedimiento casi bárbaro aterrorizar á los habitantes no combatientes, para que

éstos ejercieran cierta presión sobre los republicanos, y abrir brecha por los puntos que creía más débiles, con el objeto de reducir y batir mejor al enemigo. Terminada la obra esperó el momento oportuno. Este llegó por fin la noche del 24 de Abril.

La obscuridad era completa, principalmente por las gruesas nubes que entoldaban el cielo y la menuda lluvia que había estado cayendo desde las cinco de la tarde.

El enemigo se acercó cautelosamente é hizo explotar las formidables minas que había colocado, ocasionando el derrumbe de una extensión considerable de la calle de Santa Inés, bajo cuyos escombros quedaron sepultados casi todos los soldados del 2º Batallón de Toluca.

El valiente Coronel José M. Padrés que mandaba el referido Batallón, repuesto un tanto de la sorpresa, se ocupó violentamente en organizar la defensa con los pocos sobrevivientes. Esta fué notablemente oportuna porque los franceses se precipitaban por la brecha como una gran avalancha. —¡Aquí muchachos! gritó el intrépido Coronel, empuñando su pistola amartillada. Todos los soldados se agruparon en torno de su jefe y se aprestaron á la lucha que no se hizo esperar.

Los asaltantes en grupos apretados se

empujaban desesperadamente, alentados con las voces impetuosas de sus jefes y creyendo en una fácil victoria. Unos y otros contendientes se confundían en la ardorosa pelea y se atravesaban de parte á parte con las ballonetas. El ruido que producía el choque de las armas era excesivamente pavoroso; y, por otra parte, la situación no podía ser más desventajosa para el puñado de mexicanos, dada la abrumadora cantidad de enemigos. Parece que el Coronel Padrés y sus valientes estaban condenados á perecer sin medio posible de salvación. Pero precisamente cuando el combate era más encarnizado y los franceses creían seguro el triunfo, apareció el primer batallón de Toluca que acudía en defensa de sus hermanos, el cual era conducido por el Coronel Juan Caamaño, Jefe de la 1.^a Brigada.

El General en Jefe de la línea, Berriozábal, también se presentó en el siniestro escenario y comunicó con su sola presencia nuevos bríos á los egregios soldados de la República.

El enemigo no pudo resistir más, vaciló algunos instantes como ofuscado con tanta heroicidad y bravura, y se retiró á sus trincheras en completo desorden y notablemente contrariado.



El Coronel Fóster á la cabeza de unos cuantos hombres reparó violentamente los estragos de las minas, en tanto que sus compañeros se empeñaban en remover los escombros para sacar á los heridos, cuya situación se hacía cada vez más penosa á causa de la lluvia torrencial que en aquella hora azotaba el campo de batalla, como si el cielo mismo tomara parte para lavar el suelo ensangrentado y poner fin á una contienda desastrosa entre dos pueblos que, dadas sus comunes tendencias, deberían confundirse en fraternal abrazo en lo porvenir.

Justo es como tributo de respeto y admiración mencionar los nombres de los héroes que más se distinguieron en esta brillante jornada: Coroneles Caamaño, Villagrán, Fóster y Padrós; Tenientes Coroneles Cirilo Castillo, Sánchez Ochoa y Lallanne y Comandantes Antonio Domínguez y Antonio Espinosa.

Las fuerzas que militaban bajo las órdenes del General en Jefe de la línea, permanecieron en sus puntos toda la noche, previendo que el enemigo no se daría por satisfecho con el resultado de su audaz tentativa y que una vez repuesto y bien reforzado intentaría volver al ataque en

demanda de reivindicación. Y así fué en efecto; á la mañana siguiente, día 25, hizo explotar otras dos minas en la calle de Pitiminí, y se arrojó sobre los defensores con una furia que causaba pavor y asombro.

Por algunos minutos la lucha fué indecisa, ó más bien dicho parecía que la victoria se inclinaba del lado de los franceses, puesto que lograron penetrar hasta el centro de las trincheras de Santa Inés y comenzaban á instalarse tras de los muros que, aunque maltrechos, permanecían en pie después de las explosiones y el bombardeo. Los soldados mexicanos, sin embargo, no se sentían amedrentados ni con ganas de abandonar tan fácilmente sus posiciones; así que alentados con el ardor patrio y la pundonorosa bizarría de sus jefes, se precipitaron á balloneta calada, destrozando materialmente cuanto encontraban á su paso. El Coronel Padrés, que no se daba punto de reposo, que estaba admirable por su serenidad y valor, y que más bien parecía el numen mitológico de la guerra, disputó al enemigo por largo rato un obús, hasta que logró llevárselo en son de triunfo, á pesar del visible disgusto y los esfuerzos desesperados del adversario que bramaba de indignación.

En esta memorable jornada el enemigo dejó en el campo muchos muertos y veinticuatro prisioneros en poder de los republicanos.

Hazañas como la que dejamos reseñada á la ligera, son dignas del pueblo mexicano y merecen no un simple recuerdo, sino las viriles estrofas de un Homero.



EL VALIENTE ENTRE LOS VALIENTES.

[25 de Abril de 1863].

Hacer de la milicia algo más que una carrera, del valor una virtud, del pundonor una devoción y de la disciplina un evangelio, son cualidades relevantes y un tanto raras, pero por insólitas que sean, no dejan de manifestarse en mayor ó menor grado en todos los ejércitos del mundo. Pero hacer del deber una satisfacción, sin el menor asomo de vanidad y fuera de lo normal; agigantarse ante los trances difíciles, ante el peligro inminente, teniendo casi la seguridad de morir, eso es sublime y propio sólo de los grandes caracteres.

Hay individualidades de naturaleza tan sutilmente superior, que parecen predestinadas á la inmortalidad, con sólo un rasgo ó un soplo de su virilidad incontrastable. Mientras la generalidad se asfixia ó se conturba ante las grandes pruebas de la vida, los genios—que los hay de diversa

índole—sonríen ó bien permanecen con la impassibilidad de la estatua.

Tuvo razón la mitología de divinizar á sus héroes; tuvo razón de creerlos emparentados con los dioses; sólo los excelsos, los divinos, los inmortales, son capaces de hazañas sobrehumanas:

Hay en el cielo multitud de estrellas, pero apenas veinte de primera magnitud, y entre éstas ninguna que rivalice en esplendor con Sirio ó Canopo. Así son los grandes héroes de la humanidad, sobrepujan á todos los de la especie con sus proezas inmortales, con sus fulguraciones inextinguibles.

* * *

A la explosión formidable de la mañana del 25 de Abril, siguió una serie de asaltos y combates parciales dignos de ser grabados con caracteres de bronce en nuestros monumentos patrios y más dignos todavía de ser esculpidos en el libro de nuestros santos recuerdos, porque son enseñanzas vivas de abnegación y civismo capaces de hacernos grandes y fuertes para las pruebas del porvenir, cualquiera que sea su magnitud.

A los batallones 3º y 5º de Zacatecas les tocó la fortuna de cubrirse de gloria al re-

peler y derrotar al enemigo que no ahorra sangre ni omitía sacrificios, por dolorosos y desesperados que fueran, con tal de obtener un girón de tierra que significara presagios de victoria para las águilas de Francia.

El Coronel que mandaba los dos batallones nacionales, fué el héroe del día: su confianza ilimitada y su valor inconmovible le transfiguraron en un semidios de la guerra.

Los griegos no habrían vacilado en contarle en el número de sus penates.

En lo más comprometido de la situación, cuando los muros habían cedido, la metralla barría escombros y hombres y los beligeros asaltantes plantaban sus banderas en el mismo sitio de los republicanos, un ayudante del Cuartel General se presentó al Coronel con este lacónico y elocuente mensaje: "Sean cuales fueren las pérdidas que se resientan, defienda usted el punto hasta rechazar al enemigo, ó caer muerto, ó prisionero con la fuerza de su mando."

La respuesta fué todavía más elocuente y lacónica: "Diga usted al General en Jefe que sus órdenes quedarán exactamente cumplidas."



Habían transcurrido cinco minutos, el éxito era dudoso por ambas partes; los de fuera confiaban en sus formidables elementos, los asaltados en el feliz suceso de sus pasadas victorias y en el patriotismo de sus pechos ardorosos; cada quien se aferraba en su propio prestigio y hacía alarde de una temeridad inconcebible. Una bala de cañón hizo blanco en un delectable pedazo de barda del jardín de Santa Inés, cerca precisamente de donde el héroe dirigía la batalla. Disipada un tanto la nube de polvo, los soldados inmediatos vieron á su jefe sepultado hasta la cintura y restregándose los ojos con ambas manos. El Coronel vió su espada al lado, la empuñó terriblemente y dirigiéndose á su tropa con acento de trueno siguió mandando el combate, como si nada de particular hubiese en su situación.

Algunos soldados de Puebla y Zacatecas le cubrieron con sus cuerpos en tanto que otros removían los escombros para salvarlo.

Una vez desenterrado los soldados le aclamaron con frenético entusiasmo. El Coronel casi no podía andar, estaba seria-

mente lastimado, pero aun así no quiso retirarse un momento de la refriega.

Veinte minutos más de feroz combate y el enemigo se retiraba claudicante, desesperado, chorreando sangre, completamente vencido.

Entre los despojos de su peregrina audacia dejaba entre las garras del águila de Anáhuac centenares de armas flamantes, un regular número de prisioneros y cuatrocientos muertos.



¿Quién fué el valiente que así se distinguió, que hizo de su brillante acción objeto de unánimes encomios, de parabienes patrióticamente efusivos y sinceros? ¿Quién fué el héroe que de un modo tan sereno y majestuoso penetraba en el templo de la Fama, se coronaba de resplandores de gloria y se hacía merecedor para siempre de la veneración genuina de sus conciudadanos y la unción de la inmortalidad?

Ese titán se llamó *Miguel Auza*; su humildad característica le hizo más grande todavía, y por ello la estimación de sus compatriotas perdurará porque es un hecho que las grandes virtudes cívicas florecen y perduran en el suelo mexicano.

Al presentarse el General en Jefe en el sitio del suceso, cuando los pechos estaban jadeantes y los escombros humeaban todavía, cuando el héroe con fiera actitud y desde el pedestal de su grandeza—teñido de escarlata—amenazaba al enemigo con los puños apretados, no pudo contener una exclamación de asombro y tendiéndole la mano con cariñoso respeto, le dijo en presencia de sus soldados: "*Usted, compañero, es desde ahora el VALIENTE ENTRE LOS VALIENTES.*"

Con este envidiable título fué designado en lo sucesivo por sus compañeros de armas.

* * *

El Gral. González Ortega, valiéndose más que de su autoridad de sus consejos de amigo y del razonamiento persuasivo, indicó al héroe la necesidad de abandonar el campo para curarse y reponerse de tanta fatiga. Auza contestó con un chiste, afirmó que aquello "no valía nada," y pretextó otros varios motivos; pero al fin asintió, más de fuerza que de gana, y apoyado en el hombro de un subteniente se marchó á su alojamiento.

El Gral. Ghilardi tomó desde luego el mando de las fuerzas que habían vencido

en el combate más glorioso quizás del memorable sitio de Puebla.

Por esta acción el VALIENTE ENTRE LOS VALIENTES fué ascendido á General de Brigada.

¡Ascenso más bien ganado, pocas veces se ha visto en la historia de nuestras guerras!

Algunos días más tarde el Gral. Forey escribía al Emperador Napoleón III, y al referirle los sangrientos sucesos de Pitimi-ní y Santa Inés, decía lo siguiente, que fué y será siempre nuestro mejor elogio: "*Puebla, nunca será tomada por asalto.*"



COMONFORT EN SAN LORENZO.

(8 de Mayo de 1863).

Eran las dos de la mañana cuando el teniente Valentín Pérez despertó sobresaltado. Se medio incorporó sobre su improvisado lecho de zacate, se frotó bruscamente los ojos y extendiendo un brazo tiró del capote de su compañero de armas Francisco Torres, teniente también, que dormía á pierna suelta y roncaba como un lechón.

—Torritos, Torritos, despierta que ya está saliendo el sol, dijo Pérez.,

—¿Qué?

—¡Hombre! acabo de ver una cosa horrible.

—¿Qué has visto?

—Pues he visto pasar al Gral. Comonfort ensangrentado y con pistola en mano.

—Quita de aquí, papanatas; y Torres giró sobre el otro lado para seguir roncando á toda orquesta.

—Ha sido un sueño maldito que me ha quitado las ganas de dormir. Oye ya no

duermas que pronto va á clarear, toma un cigarro y vamos á calentar un poco de café.

El teniente Torres, ante la doble oferta, echó lejos de sí la modorra y tomó el cigarro que le ofrecía su compañero.

Ambos se acercaron á la fogata que se iba extinguendo, le echaron un puñado de zacate y unas cuantas chabascas, y avivaron el fuego soplando á carrillos plenos.

Mientras el café se calentaba en un cacharro viejo sobre las brasas, los dos tenientes acercaban los pies á la lumbre y se hacían mutuas reflexiones sobre los probables resultados de la guerra.

—Tengo para mí, Torritos, que mañana á esta misma hora estamos durmiendo en Puebla. Lo que es el convoy entra porque entra, y nosotros con él.

—¡Ojalá y así sea! Y que gusto van á tener nuestras familias cuando sepan que somos unos valientes y que hemos derrotado á los franceses.

—Ya lo creo, como que la lucha va á ser terrible.

—Estoy, sin embargo, algo triste, el invasor es astuto y no se ha de dejar sorprender tan fácilmente. Quién sabe cómo salgamos.

—Tienes razón, Torritos.... y Valentín

se quedó ensimismado en un mundo de pensamientos lúgubres.

* * *

El toque de clarín resonó en todos los campamentos; la inmensa mole de la Malinche devolvía el eco. Las estrellas brillaban majestuosamente en un cielo limpidísimo. Allá á lo lejos se distinguían las luces de la ciudad angelopolitana que velaba por su honra. La tropa desparezándose se incorporaba de los duros lechos y empuñaba las armas. Eran las cuatro de la mañana del memorable 8 de Mayo.

Varios ayudantes de campo pasaban al galope y comunicaban órdenes á los jefes, había llegado el momento supremo, el convoy estaba listo para partir, pero el Gral. Comonfort estaba inquieto por los informes que le traían los espías.

Se notaba gran agitación en el cerro de la Cruz donde habían pernoctado los franceses, sin duda organizaban la embestida. Por otra parte, los refuerzos que habían recibido eran considerables; los siete mil de la víspera ascendían ahora á doce mil hombres, bien alimentados y mejor armados. La artillería era formidable.

—Mira, Torritos, dijo el teniente Pérez, y señaló con el índice.

—¡Bueno! respondió Torres, contemplando la cima del cerro de San Lorenzo cubierta de republicanos.

Allí se había instalado el Gral. Echegaray con su división fuerte de 2,800 plazas, con ocho cañones. El iba á recibir el primer choque, sin duda, ¿pero qué valía su puñado de patriotas ante la notable superioridad del enemigo?

Los dos tenientes no entendían nada por el momento, estaban sí listos para acudir á donde se les llamara y pelear hasta morir.

Notaron por la derecha que se acercaba un grupo de ginetes; era el Gral. Comonfort, con su Estado Mayor, que recorría las líneas y pretendía observar más de cerca los movimientos del enemigo.

—¡Viva el Gral. Comonfort!—gritó Valentín Pérez—¡Viva México!

—¡Viva el Ejército del Centro, muchachos! agregó el General en Jefe, y se alejó al galope.

Esta escena nos trae á la memoria las entusiastas aclamaciones con que fué recibido Napoleón I en los comienzos de la batalla de Waterloo.



El crepúsculo era soberbio, las estrellas se apagaban ante la presencia del regio lu-

minar y la naturaleza se ofrecía á la vista con sus hermosas galas de primavera.

Sonaron las cinco de la mañana y el enemigo dispuso su ejército en cinco columnas paralelas que comenzaron á avanzar á paso de carga sobre el cerro de San Lorenzo.

El choque fué terrible y conducido con extraordinaria habilidad por ambas partes, el cañón hacía estragos tremendos y apenas había tiempo para llenar los huecos con tropas de refresco.

El primer asalto fué rechazado con viril empuje y lo mismo sucedió con el segundo, pero al tercer intento sucedió lo que tenía que suceder, la superioridad numérica triunfó sobre el valor y la fiera osadía de los republicanos. Vendieron muy caras sus vidas, eso sí, porque cuando comprendieron su situación desesperada y se vieron casi envueltos por el formidable enemigo, se lanzaron á balloneta calada y destrozaron vidas hasta que cayeron rendidos de fatiga ó atravesados por las armas francesas.

El primer batallón "Rifleros de Nuevo León y Coahuila," formado de 300 fronterizos, salió de la sangrienta refriega con 22 hombres y su bandera. El Comandante Guerra, que dirigía el fuego de cañón, al ver á sus artilleros tendidos por tierra ago-

zantes, se abrazó de una pieza y allí esperó la muerte con la resignación sublime de un mártir de la República.

El Teniente Valentín Pérez trepaba el cerro con sus soldados cuando se notaron los primeros síntomas de confusión y al arengar á la tropa, vitoreando á la patria, una bala de fusil le atravesó el pecho y cayó de bruces sobre un montón de piedras.

—Torritos, me muero! fué todo lo que pudo decir; una bocanada de sangre le cortó la palabra y el aliento.

Su compañero le dirigió una mirada de despedida, tierna y lúgubre á la vez, y amenazando al enemigo con la reluciente espada corrió á confundirse con los combatientes.



Hora y media de combate y todo había terminado. A las seis y media Comonfort estaba vencido, pero no humillado; hay derrotas que honran y ésta era una de ellas, porque el valiente caudillo había hecho prodigios de temeridad, de su caballo manaba sangre de cinco heridas, había puesto muy alto el honor nacional y si cedía era agobiado tan sólo por la fatalidad.

Entre sus grandes defectos, Comonfort

tenía una gran virtud: el ser valiente á toda prueba.

El convoy destinado al socorro de Puebla y conducido en 200 mulas, ocho piezas rayadas y 800 prisioneros quedaban en poder del enemigo.

En el campo quedaban regados mil cadáveres, que voluntariamente se habían ofrecido en holocausto ante el ara de la patria y con cuya sangre esperaban fecundar la preciada simiente de la libertad.

Las pérdidas del enemigo nunca se conocieron con exactitud, pero casi fueron tan fuertes como las de los republicanos.

Los restos del ejército que estaban en inminente peligro de convertir la retirada en pánico, se reorganizaron en la Venta del Capulín y ofrecieron una segunda línea de batalla. Este oportuno movimiento obligó al enemigo á prescindir de la persecución.

¡El águila estaba herida, pero no de muerte!



El Gral Comonfort, al lado de un barranco, rodeado de su Estado Mayor y varios Generales, veía emocionado y con profundo disgusto cómo se retiraba su ejército casi mohíno y sañudo por la catástrofe.

por su imposibilidad absoluta de haber vencido á un adversario ventajosamente superior.

El General airado y terrible quiso volver con su Estado Mayor sobre los franceses, para darles un último revés y quizás para ahorrarse él mismo el dolor de sobrevivir á sus heroicos compañeros que yacían rígidos en el campo de batalla; espoléó su caballo y amartilló su pistola, pero advertidos los demás á tiempo le cortaron el paso. El Gral. O'Horán le quitó las riendas del caballo, el Gral. Echegaray le tomó del brazo izquierdo y el Coronel Cañedo del derecho. La tempestad que se libraba en aquel gran corazón se deshizo en dos lágrimas que se deslizaron pausadamente por la barba del héroe.

Con Bonaparte sucedió algo parecido en la noche de Waterloo; fuera de sí y rugiendo como león herido, tuvieron que sacarle del combate casi á fuerza; hay, sin embargo, su diferencia, Napoleón caía para no levantarse nunca, Comonfort, no cayó aplastado por el desastre.

Al cabo de dos horas el Ejército del Centro se había perdido por el camino de Tlaxcala y al día siguiente ocupaba de nuevo sus antiguas posiciones de Santa Inés y Texmelucan.

Un Desafío Romancesco.

(13 de Mayo de 1863.)

Las primeras nubes de desaliento comenzaban á empañar el hermoso cielo de Puebla, no precisamente por falta de valor, que siempre lo hubo de sobra, ni por falta de fe en la justicia de la causa nacional, que era cada día más profunda y más santa, sino por falta de víveres y municiones, por la imposibilidad absoluta de vencer á un enemigo diestro, numeroso y sagaz que tenía consigo todas las ventajas materiales imaginables.

En muchos rostros se dibujaba la actitud sombría del que, próximo á sucumbir, no encuentra solución inmediata para sus circunstancias aflictivas y casi desesperadas.

Desde que se supo á punto cierto la derrota de Comonfort, nadie soñó con prolongar la resistencia de la plaza sitiada, ni menos en vencer al adversario en una batalla campal.

Es cierto, varios jefes fogosos, verdaderos espíritus indomables, propusieron la ruptura del sitio para salvar, aunque á costa de grandes sacrificios, una parte del ejército. Pero el proyecto no por patriótico y noble dejaba de ser completamente ilusorio, porque faltaba algo de lo esencial para el buen suceso: las municiones.

Si el valor, el heroísmo, la abnegación y el sacrificio hubieran sido las únicas condiciones del éxito, siquiera en parte, para burlar una vez más la abultada fanfarronería de Forey, el prestigiado Ejército de Oriente no habría vacilado ni un minuto en ofrecer su sangre, en sacrificarse como los espartanos de Leonidas, en dar su vida por la honra impoluta de la Patria. Pero ¡ay! el problema no era de psicología sino de números. El patriotismo para ser eficaz y fructífero necesitaba el apoyo de la dinámica.

La rendición de Puebla era inminente, pero una capitulación como la deseaba Forey, como la llegó á insinuar melosamente al Gral. Mendoza, eso ni siquiera cruzó por la imaginación de ningún mexicano.



Ya entrada la noche, un grupo de soldados—hijos de Durango y Chihuahua—

departía tranquilamente al pie de una trinchera. La nostalgia del terruño y el presentimiento de un penoso y próximo desenlace unía á aquellos corazones con vínculos más estrechos; cada quien hacía sus confidencias con expansiva fraternidad y expresaba su confianza de ver llegar mejores días para la patria, para el hogar, para la causa que sostenían con tanto anhelo y tan ímprobos sacrificios.

Unos estaban recostados en el suelo, otros en pie apoyadas las manos sobre los fusiles. Los rayos opalinos de la luna iluminaban el cuadro como al través de una pantalla. El bombardeo del enemigo sobre los puntos que á diario escogía casi había cesado, pues pocas detonaciones se oían de vez en cuando.

El sargento Anaya que hasta entonces había guardado silencio, estiró los brazos como para templar sus nervios, bostezó largamente y fijando sus ojos, un tanto altivos, sobre sus camaradas, habló en estos términos:

—Sea cual fuere el resultado de este sitio, los franceses no olvidarán tan fácilmente las zurras, buenos recuerdos se van á llevar de nosotros. Allí están San Javier, San Marcos, Santa Inés, Pitiminí, el Carmen, la Estampa y Miradores que no los

dejarán mentir. Nuestra bandera se ha cubierto de gloria y ya podemos esperar tranquilos el desenlace por infortunado que sea. Los famosos zuavos y cazadores son valientes, ni quien lo duda, pero nuestros batallones les han hecho morder el polvo en todos los encuentros. Ahora se limitan á bambardearnos, pero de lejos, y esperan pacientemente que el hambre nos rinda.

Oiga, mi sargento—interrumpió un soldado bonachón y de baja estatura que arrojaba espesas bocanadas de humo de cigarro—lo que siento es que nosotros nos hemos dado poco gusto en la fiesta, pues mientras los demás se han batido como unos héroes nosotros hemos estado arrinconados.

—De veras, agregó otro, ya estoy aburrido de esta danza. El otro día que nos llevaban á auxiliar á los de Toluca, porque allí estaba lo bueno de la pelea, á la mera hora nos ordenaron: ¡*media vuelta!*

—No importa, dijo Anaya, la gloria es de todos; porque todos hemos hecho nuestra parte; además, en el encuentro de hace ocho días ya recordarán como se portó Juan Castaño á la cabeza de su compañía.

Sí, es cierto, mi sargento, pero de todos modos es bien poco. Cuando estemos en nuestra tierra y nos pregunten de las ac-

ciones más heroicas, tendremos que decir que las vimos de lejos.....

De súbito se presentó un oficial que examinó el punto con mucho cuidado, cruzó algunas palabras casi en secreto con el sargento Anaya y se retiró al rato.

Pocos minutos más tarde, Anaya y los soldados dormían profundamente envueltos en sus frazadas, sólo los centinelas, para espantar el sueño, se paseaban á lo largo de la trinchera.

Por uno de los reductos que menos había sufrido los estragos del cañón enemigo, se destacaba confusamente un personaje, de pie, tan inmóvil que se le habría creído una estatua. Era un General que á las altas horas de la noche visitaba los puntos á su cargo para observar de cerca y por sí mismo, seguramente, el estado de las defensas y la vigilancia de las guardias, que dicho sea en honor suyo, era estricta hasta el exceso.

El General no cambiaba de postura y sólo de vez en cuando movía la cabeza á uno y otro lado como para abarcar á un golpe de vista el extenso panorama que tenía enfrente, apenas iluminado por los mortuos reflejos de la luna. Del extre-

mo de una pared de adobes salió el oficial y al ver el extraño bulto, se detuvo, empuñó su pistola y marcó el alto.

—Soy yo, Dionisio, ven por acá, fué la respuesta del personaje.

El oficial Dionisio Méndez se acercó con toda confianza.

—¿Qué andas haciendo por aquí?

—Eso digo yo, mi General, ¿qué anda usted haciendo por estos sitios?

—Salí á dar una vuelta, ¿y qué novedades hay?

—Ninguna, General, todos están en sus puestos.

—Sí, es verdad, ¡valientes muchachos! ni la falta de víveres y municiones los acobarda. ¡Lástima de tanto heroísmo! pues en realidad nuestra situación no tiene remedio. Acabamos de tener junta de guerra y casi es cosa resuelta la rendición de la plaza.

—¿Cómo? ¿nos rendimos?

—Sí, pero no capitularemos nunca, eso tenlo por seguro.

—Y á propósito, mi General, parece que algunos soldados de las Guardias de Durango y Chihuahua están algo contrariados por su relativa inacción de estos últimos días.

—¡Ah!.....¿eso dicen?

—Sí señor.

¿Y qué tal estamos de municiones?

—Mal.....apenas tendremos para una ó dos horas de fuego.

—Bueno.....vámonos que ya es hora de descansar.

Los dos militares se retiraron sin pronunciar una palabra más.



Al día siguiente el Gral. González Ortega—con su Estado Mayor, el Cuartel Maestre y otros Jefes de alta graduación—estaba muy atareado en el arreglo de documentos y en dictar varias providencias para la realización de los patrióticos proyectos que llevaría á cabo con el apoyo de sus valientes subordinados.

El General, con quien indirectamente hemos entablado conocimiento, se presentó en la estancia del General en Jefe y le dijo sin preámbulos:

—Vengo, General, á hacerle una súplica.

—Diga usted lo que guste, compañero.

—Que me permita batir al enemigo por una hora.

—¿Cómo, batir?

—Sí, señor mis soldados están impacientes.

De obtener más gloria y honores. ¿no es así?

—Puede ser, y el General se sonrió.

—¡Vaya usted en paz, hombre! y González Ortega notoriamente conmovido le dió un abrazo.

Los patriotas de Durango y Chihuahua formaron en columna de ataque, salvaron los parapetos y se precipitaron valerosamente sobre el campamento enemigo.

¡Los dárdanos acaudillados por Héctor, no fueron ni más intrépidos ni más sublimes!

Por lo imprevisto y heroico el espectáculo fué soberbiamente deslumbrador. ¡Viva la libertad! ¡viva México! ¡viva Zaragoza! repetían con delirantes y frenéticas voces y se disputaban los unos á los otros el honor de ser los primeros en medir sus armas con el adversario. Algo así como el vértigo del torbellino se había posesionado de aquella masa de guerreros.

Quizás por lo brusco y violento de la embestida los franceses no contestaron el reto con su habitual osadía, y se retiraron á sus trincheras más formidables. Un grupo de treinta zuavos, un tanto repuesto de la sorpresa, quiso resistir al arma blanca,

pero fué arrollado y vencido en menos de cinco minutos. Algunos mexicanos que se habían aislado del grueso de la fuerza y eran fusilados á corta distancia, improvisaron violentamente una trinchera con sus compañeros muertos y siguieron peleando con tenacidad impávida hasta que otros de los suyos acudieron á librarlos de situación tan embarazosa.

El General no sólo alentaba con vehementes arengas, sino con su presencia en los sitios de mayor peligro y su actitud resuelta y fiera.

Aquella épica jornada fué el último vigoroso ataque de los sitiados, no para romper el sitio, sino para arrancar un laurel más á la victoria, para dar otra lección al finchado invasor, para cerrar con broche de oro la gloriosa resistencia de más de sesenta días.

A los tres cuartos de hora y cuando Forey airado enfilaba su artillería hacia el teatro de los sucesos, los republicanos se retiraron en buen orden, lanzando mueras á Napoleon III, á Forey, á los zuavos y vivas estruendosos á México y á Benito Juárez.

El 13 de Mayo quedó escrito con caracteres diamantinos en las hojas de nuestra historia y el Jefe de la expedición premia-

do con jubilosas aclamaciones de sus compañeros de armas y con el recuerdo, siempre fresco y siempre grato, de la posteridad.

Aquel héroe renombrado fué el Gral. José María Patoni.



Oficiales azotados en la vía pública

17 de Mayo de 1863.

El espectáculo de la ciudad rendida era inusitado por lo imponente y conmovedor.

Los restos de los polvorines—bien escasos por cierto—habían sido volados, la artillería clavada y desmontada, los fusiles y ballonetes hechos mil pedazos, las trincheras destruidas en parte, la bandera nacional arriada solemnemente de los edificios públicos y fuertes y las tropas dispersadas, con la previa amonestación de que ya libres se presentaran cuanto antes al gobierno de la República, para seguir sosteniendo nuestra amenazada independencia.

¡Aquel patriótico llamamiento fué la última y feliz anécdota, la postrera frase con que se cerraba una página luminosa de la historia patria!

En el atrio de catedral y en la Plaza de Armas se agrupaban los Generales, Jefes y oficiales, como llamados para una gran parada, con sus mejores uniformes y lu-

ciendo en los pechos las honrosas condecoraciones del 5 de Mayo que tres meses antes habían recibido de manos del Ciudadano Presidente.

En la marcial actitud de varios reflejábale la altivez, un tanto desdeñosa, del que, vencido por contingencias naturales, se creía más grande que el vencedor y más digno de ocupar un asiento entre los inmortales, entre los gloriosos propugnadores de los ideales más caros de la humanidad.

Todos se entregaban en calidad de prisioneros de guerra, sin condiciones, sin garantías, sin pedir nada, porque nada querían del perjuro invasor que, un día memorable, había pasado sobre su palabra sin el menor asomo de pudicicia.

El pueblo soberano, en quien refluía patética y noblemente el orgullo nacional, agrupado sin distinción de categorías en las calles y plazas, contemplaba la escena que tenía mucho de legendario.

Casi no podía salir de su asombro, por otra parte, el ejército francés; lo que veía era un sueño, algo así como los cuadros fantásticos descritos en las fábulas de Arabia.

La rendición de Puebla—ha dicho un historiador eximio—es *típica* y casi no tie-

ne precedente en los anales de las guerras modernas.

Por desgracia; para esa gran epopeya nacional no ha nacido todavía un genio épico de la talla de Homero, ó Virgilio, ó Lucano, que la cante y divinice con viriles estrofas y rugidos de huracán, tal como corresponde á su esplendorosa majestad.

Su recuerdo, si fuese el único de nuestras pasadas glorias, sería lo bastante para inmortalizar á los bravos defensores, en particular, al Ejército de Oriente y sus perínclitos jefes, para hacer la apoteosis de la patria mexicana y para mantener inextinguible el fuego del patriotismo en esta bendita tierra de promisión.

Zaragoza, Sebastopol y Puerto Arturo son nombres de fama universal, su recuerdo connota proezas perdurables y enseñanzas latentes de valor y osadía, pero el nombre de Puebla—perdónese este rasgo de cívica vanidad—está más alto y mientras la justicia exista será la página más luciente en el catálogo de los grandes hechos.



En los altos de una casa de la calle de Herreros, un grupo de personas encopetadas conversaba con animación desbordante. Un Canónigo, como de 60 años, rechon-

cho, la tez morena y sin arrugas, presidía la reunión, arrellanado en una lujosa poltrona y teniendo cerca una mesita con recado de escribir y un legajo de papeles sujeto con balduque. Los otros personajes del grupo eran dos licenciados viejos y calvos, dos frailes y tres ricachos de la ciudad.

—¡Bendita sea la Virgen Santísima! dijo el Canónigo—hemos triunfado y debemos darnos los plácemes, porque la religión, siempre inmaculada y gloriosa, pronto triunfará definitivamente de sus enemigos. ¡Vaya que señores liberales! creían que su diabólica Constitución de 57 y sus no menos diabólicas Leyes de Reforma eran cosa hecha, y que nosotros, cruzados de brazos, nos echaríamos á llorar como unos chiquillos, ó nos conformaríamos tarde ó temprano con tanta iniquidad y tantas desvergüenzas.

—Tiene usted razón, señor Canónigo—agregó el más fanático y obtuso de los dos licenciados—la victoria es nuestra; el valiente ejército francés ha triunfado en buena lid y ha prestigiado nuestra santa causa; ahora nos toca hacerle un recibimiento digno de nosotros y digno de su esclarecido General en Jefe.

Eso mismo iba á decir, licenciado, cuando usted me interrumpió. ¿Qué opinan us-

tedes? ¿qué debemos hacer? Por mi parte y en representación del clero, debo decir que hemos acordado recibir al Excelentísimo Sr. Gral. Forey y su Estado Mayor *bajo palio* y con *Te Deum*.

—Creo—dijo uno de los frailes—que eso es bastante por ahora; no debemos hacer alarde de vanidosa ostentación, porque no sabemos que nos depare el porvenir, y por otra parte, debemos ser compasivos con nuestros compatriotas, y no lastimarlos, pues dígase lo que se quiera, y á pesar de sus extravíos, se han portado como verdaderos intrépidos.

—¡Ajá! Ahora nos había de salir usted, padre, conque se declara defensor de las chusmas de Juárez.

—No precisamente—repuso con viveza el fraile, que, dicho sea con la debida justicia, era un gran partidario del gobierno republicano y, por ende, enemigo de la Intervención, aunque secreto, por razones fácilmente imaginables—pero escuchen por unos momentos lo que voy á referirles: La rendición era un hecho acordado desde hace tres días, y al efecto, ayer el Gral. González Ortega dió órdenes á los demás Generales y Jefes para que hoy á las cinco de la mañana se inutilizara todo el armamento, se dispersara la tropa, y se entregaran

los militares de algún grado como prisioneros de guerra. El Gral. Forey, por consiguiente, no obtiene ningunos trofeos, ninguna gloria. El enemigo da por terminada la actual contienda, porque no puede hacer más, pero de ningún modo se considera vencido.

—Esas son ilusiones, padre—interrumpió uno de los circunstantes—ya verá su señoría que todos los prisioneros pronto serán deportados, y con eso es casi seguro el golpe de gracia.

—Yo no lo creo así; pero déjenme continuar: La resolución de los sitiados fué muy discutida, fuertemente contrariada, y al fin, viendo lo imposible, fué aceptada como una resolución heroica. Una vez redactada el acta, al ser leída por el Secretario del cuartel General, Coronel Jesús Loeira, para que la firmaran los que estuvieran de acuerdo, dicho Secretario se emocionó á tal grado que dos ó tres veces interrumpió la lectura porque las palabras se rebelaban á salir de la garganta. El efecto, no hay para que decirlo, fué patético hasta lo sumo; todos los presentes, emocionados y apretando la empuñadura de sus espadas, juraron seguir luchando hasta morir por su causa. Así que la lucha se ha aplazado nada más, ¡este rescoldo contiene brasas

muy vivas que no se extinguirán tan fácilmente!

Pero hay más, los mismos franceses estiman en lo que valen las peripecias de esta mañana; cuando los juaristas rompían sus armas azotándolas contra el suelo y las piedras, unos zuavos que avizoraban de cerca quisieron precipitarse para impedir el destrozo, pero fueron inmediatamente contenidos por sus oficiales; uno de éstos se encaró fieramente y les dijo: "Déjenlos en paz; merecen nuestro respeto y admiración; dejemos que hagan los defensores de la plaza todo lo que crean conveniente al honor de sus armas."

Conque ya verán ustedes si estoy en mis cabales.....

Un gran rumor de gritos y silbidos llegó intempestiva y distintamente hasta la mansión de nuestros contertulios, quienes, aprovechando el incidente para desembarazarse del inoportuno orador y del mal cariz que llevaba el asunto, se levantaron para asomarse á los balcones, desde donde vieron sólo una multitud de pueblo que corría en dirección de la plaza de Armas.

Eran las diez de la mañana del inolvidable 17 de Mayo. Varios grupos de oficia-

les franceses, enteramente desarmados, transitaban por distintos rumbos de la ciudad. Algunos platicaban con oficiales mexicanos expresando su ingenua admiración por la tenaz resistencia y por la indomable bravura de los modernos espartanos; otros examinaban con ojos ávidamente curiosos el templo de San Agustín y las manzanas adyacentes, para descubrir los efectos de su artillería. Creían encontrarse con un montón de despojos y con lagos inmensos de sangre, por más que los republicanos tratasen de ocultar la magnitud de los destrozos y lo gigantesco del desastre. Poco á poco, sin embargo, se dieron cuenta de que el ejército francés, á pesar suyo, había sacado la peor parte en aquella sangrienta lucha de 62 días.

Algunos oficiales de la tropa de Márquez, de triste celebridad, se aventuraron también á transitar por las calles, con la ilusoria esperanza de causar buen efecto en la multitud y de ser bien recibidos por los intervencionistas y afrancesados. ¡La infeliz tentativa recibió bien pronto el más justo de los premios!

---¡Fuera de aquí los traidores! ¡mueran los judas! gritó un grupo de pueblo que se había instalado en las aceras de la calle de Mercaderes.

Los oficiales pretendieron encararse, desafiando con mirada torva y puños apretados á la multitud, pero conociendo su desairada situación, se conformaron con gruñir de rabia, mascullar algunos adjetivos pardos, y siguieron adelante soportando el chubasco de denuestos y carcajadas.

A su paso por la Plaza de Armas y ya cerca del atrio de catedral, las burlas se repitieron con mayor acrimonia, el pueblo no estaba tan sólo de guasa, sino frenético y amenazador. Terminaba la chacota y se daba principio á las vías de hecho, pues algunos hacían acopio de guijas para lapidar á los traidores que así se permitían pasear su desvergüenza en la vía pública.

Unos Cazadores de Africa que se extasiaban con la escena, que simpatizaban con el pueblo por uno de tantos resortes ocultos, que estaban admirados aún por el noble comportamiento de los sitiados, y que tal vez se sentían avergonzados por el contingente de los traidores, no pudieron reprimir su menosprecio por más tiempo y desdoblado baquetas de las inutilizadas por los republicanos, se fueron derecho á los oficiales traidores y los azotaron en presencia del pueblo que reía, gritaba, silbaba y aplaudía con tanta furia y tanto

entusiasmo como si estuviese en una plaza de toros.

Los torpes aliados del invasor, bien alocionados con la zurrubanda, juzgaron que el mejor partido en la ocasión era tomar las de Villadiego, cosa que realizaron en menos tiempo del que hemos tomado para contarlo.

El Canónigo que se había dado cuenta á medias de lo que pasaba—aunque nada había visto de la hilarante hazaña de los Cazadores—exclamó con beatífico acento, desde el balcón: “¡Estos liberales y desalmados juaristas son el mismísimo demonio!”



¡Viva mi Presidente!

Corría el año de gracia, ó más bien dicho de tristeza nacional, de 1864.

El Presidente Don Benito Juárez hacía catorce meses que peregrinaba, acompañado de un puñado de ciudadanos patriotas, por los Estados fronterizos de la República.

No sin tener que vencer la tenaz resistencia de los improvisados ejércitos de la República y de las guerrillas que pululaban en todas direcciones, el ejército invasor se iba adueñando de las principales ciudades y organizaba diestramente una batida en forma para atrapar, como posiblemente lo creía en sus delirios de victoria, al legítimo representante de la nación, al que consideraba—con enojo mal disfrazado—como el único obstáculo para el triunfo definitivo de la causa de Napoleón III.

El enemigo no se daba punto de reposo en su siniestra empresa y todos sus sacrificios eran pequeños, en relación con su afán

y sus miras particulares de concluir cuanto antes con una lucha que amenguaba notablemente su prestigio legendario.

Así que concentrando tres fuertes divisiones, bien dotadas de toda clase de provisiones; cerrando las principales salidas y emprendiendo muchas veces marchas forzadas: pernoctando unas veces en las haciendas ó rancherías, y otras en los pueblos, se empeñaban con frenesí *en crescendo* por hacer su prisionero de guerra al alma de la República, al egregio patricio, cuya energía nunca desmentida era inquebrantable como el hierro.



A principios del mes de Agosto el gobierno del señor Juárez ocupaba la ciudad de Monterrey, pero en vista de la proximidad del invasor, determinó sigilosa y prudentemente cambiar su residencia á Monclova, tanto para no comprometer sus reducidos elementos de defensa, cuanto porque era una verdadera temeridad oponer resistencia, sin la menor probabilidad de éxito, á un enemigo superior en todos respectos.

En la mañana del día 12 los preparati-

vos de viaje estaban hechos, el Presidente y sus Ministros tomaban tranquilamente el desayuno.

De pronto se presentó un ayudante á comunicar la noticia de que una fuerza enemiga entraba en la ciudad y comenzaba á tirotearse con las escasas fuerzas federales, momentos después llegaba el Coronel Guiccione, Jefe de la escolta presidencial, á instar al señor Juárez á que saliese sin pérdida de tiempo, porque las fuerzas de Quiroga—quien había defecionado, á semejanza de Vidaurri, seducido con los mil halagos de los intervencionistas—se presentaban en la ciudad en número respetable.

El señor Juárez por toda contestación dijo: “Pase, Coronel, á tomar el desayuno, después veremos lo que se hace.”

“—No, señor, repuso el Coronel vivamente, estamos en grave peligro, voy á dictar algunas providencias,” y salió visiblemente agitado.

El tiroteo se percibía ya á corta distancia y la escolta formada apenas de 200 hombres era impotente para contener el avance.

Comprendiendo el Coronel que la situación se agravaba por momentos y que si el enemigo lograba posesionarse de las calles adyacentes se perdía toda esperanza de sal-

vación, distribuyó á su gente de tal modo que apareciese más respetable de lo que era en realidad y armó á toda prisa á los empleados civiles que estaban á la mano, á fin de que guardaran el sagrado recinto donde se hallaba el immaculado representante de la República.

El Presidente y sus Ministros salieron á la calle y emprendieron la marcha. No se habían alejado dos cuadras cuando el coche de Don Benito en que iba también el popular vate Don Guillermo Prieto, fué clareado por una bala de fusil.

Al cabo de algunas horas de constante tiroteo y zozobra se creyó que había pasado todo el peligro y que el Gral. Quiroga se conformaba por el momento con adueñarse de la ciudad. Pero el infidente, lejos de conformarse con un triunfo de tan escaso mérito, quiso sacar todo el partido posible de la situación, es decir, apoderarse del Señor Juárez y sus Ministros, cosa que le pareció sencillísima, dada la superioridad de su fuerza, y convinó una nueva y tenaz acometida.

* * *

La marcha se hacía á paso regular, más bien con lentitud, para no fatigar á la tropa, una parte de la cual caminaba á pie, y

porque el camino estaba en pésimas condiciones. A esto había que agregar el calor sofocante de esa región, teniendo en cuenta su bajo nivel y la estación del año, el sol canicular aunque poco elevado todavía á esas horas, parece que enviaba plomo derretido sobre la tierra.

Eran las diez de la mañana cuando se percibió distintamente á retaguardia un rumor de caballería.

El señor Juárez mandó llamar al jefe de la escolta á quien le comunicó sus órdenes y éste, sin pérdida de tiempo, destacó seis ginetes para que practicaran un reconocimiento. No fué necesario esperar mucho tiempo para saber á punto fijo que tenían que habérselas con Quiroga, pues el tiroteo se escuchó en seguida entre los exploradores de la escolta y la vanguardia de la traidora tropa.

No había tiempo que perder, el jefe de aquella pequeña fuerza que resguardaba como cosa sagrada la personalidad augusta del legítimo representante de la nación, tomó sus providencias; una parte de la escolta rodeó el coche del Presidente que seguía caminando sin precipitación, y otra se parapetaba en las sinuosidades del terreno, aprovechándose de peñas, árboles y breñales para resirtir á todo trance.

El encuentro fué reñido y vigoroso, desesperado, sin tregua, unos y otros se lanzaban injurias y proyectiles como granizada, cada quien pugnaba por quedar dueño del campo.

¡Atrás traidores! gritaban los republicanos, con verdadera indignación.

—¡Viva el imperio! ¡viva la religión! respondían los infidentes, azuzados por sus jefes, que creían muerta para siempre la causa de la República.

La escolta disputaba el terreno palmo á palmo, retrocediendo unas veces, parapetándose otras, procurando siempre estar en contacto con la comitiva que avanzaba hacia el pueblo de Santa Catarina y con el enemigo que jadeaba por el triunfo completo.



Desde el principio de la refriega, el señor Juárez, recargado sobre la portezuela del coche, se había dirigido en estos términos á un subteniente que caminaba á su lado cabalgando en magnífico rocín:

—Oye, Pancho, conoces por aquí algún camino que conduzca á Saltillo?

—Si, señor Presidente, á las mil maravillas.

—Vé, entonces, sin perder un minuto,

y dí al Gral. Negrete que mande una fuerza de caballería en nuestro auxilio.

El ginete espoleó su caballo y partió al galope apenas se hubo enterado de la orden.



La caballería del Gral. Aureliano Rivera se encontraba en Saltillo, recién llegada del Valle de México; los caballos estaban ensillados y la tropa se disponía á hacer ciertas demostraciones, sabedora de que una fuerza de zuavos merodeaba por los pueblos vecinos.

El caballo del subteniente Pancho no había podido resistir á tanta fatiga; sudoroso, jadeante, los encuentros é ijares cubiertos de espuma, y resoplando con dificultad, se había dejado caer de cansancio, casi á las goteras de la ciudad. El valiente militar no tuvo más remedio que seguir su camino á pie, y lo hizo como un gamo; afortunadamente á pocas cuadras se encontró frente á frente de lo que llamaban Cuartel general.

.....
—¡Corra usted con su tropa, compañero!—dirigiéndose á Rivera—fué todo lo que pudo decir Negrete, que se mesaba los cabellos de impaciencia y coraje.



El sol canicular estaba casi en el zenit, sus rayos perpendiculares abrasaban la tierra, el viejo torreón de la iglesia de Santa Catarina se destacaba pintorescamente sobre las copas de la arboleda, la comitiva presidencial seguía penosamente el sendero, el coche del egregio patricio estaba acribillado á balazos y la escolta, sedienta, diezmada, completamente rendida por el cansancio y la sangrienta brega, hacía los últimos esfuerzos antes de ser aniquilada por las fuerzas desleales.

De pronto apareció hacia la izquierda la caballería del Gral. Rivera. El auxilio no podía haber sido más oportuno. Los pechos abatidos antes prorrumpieron en exclamaciones de júbilo y los soldados que se sentían morir, se reanimaron como por encanto, y disparaban sus armas á pecho descubierto, y vitoreaban enternecidos el nombre del ciudadano Presidente.

La carga de la caballería fué soberbia, el Gral. Aureliano Rivera—patriota y leal entre los buenos—se portó con su bizarría acostumbrada, y no dejó al eremigo ni el tiempo indispensable para levantar á sus heridos.

Quiroga había sido no sólo derrotado,

sino puesto en vergonzosa fuga. ¡Hermosa página de nuestra historia nacional!



El Presidenté Don Benito no perdió su serenidad ni un momento, durante las penosas horas de refriega; su rostro, como en otras ocasiones, se manifestó impasible y tranquilo, como si nada de extraordinario aconteciera á su lado. Algunas veces se limitaba á dar órdenes y otras á calmar la excitación nerviosa de sus acompañantes, muy natural, en vista del peligro inminente y de la fea acción del traidor. Hubo, sin embargo, un momento en que el señor Juárez se sintió emocionado en alto grado, casi con ganas de derramar lágrimas, y pronunció algunas palabras que reflejaban la bondad de su gran corazón. He aquí el motivo; Un sargento de la fuerza de Meoqui, cuyo nombre no ha sido averiguado desgraciadamente, caminaba al lado del coche presidencial; de vez en cuando se detenía unos pasos para disparar su arma y volvía á su puesto, celoso de la guarda del patricio. En una de estas maniobras fué herido de muerte por una bala que le atravesó el pecho. Soltó el arma del brazo y se llevó violentamente la diestra sobre la herida:

con la mano izquierda se apoyó sobre la portezuela, y dirigiéndose al señor Juárez, gritó, haciendo un supremo esfuerzo: “¡VIVA MI PRESIDENTE! ¡Muero por la Patria!...” y rodó al suelo, sacudiéndose convulsivamente en los últimos estertores de la muerte.



Un 16 de Septiembre á orillas del Nazas.

(1864.)

El paisaje si no era de lo más imponente sí tenía bastante de hermoso: un semicírculo de montañas enhiestas cubiertas de lustrosa grama y coronadas de añosas y copudas encinas.

Las espicíferas sementeras del valle estaban próximas á la sazón; lo demás del campo lo cubrían el pasto y la maleza, haciendo resaltar lo vistoso del panorama la opulenta coloración de las florecillas silvestres, desde el flavo matiz del jaramago y el blanco del cardo, hasta el violáceo y guinda de las variadas especies de caléndulas.

Media docena de ganados de ovejas, á no muy largas distancias, pacían alegremente.

La cuadrilla de yunteros surcaba una pequeña extensión de terreno á la vera del camino.

Al pie de la serranía, hacia la derecha,

se deslizaba el río Nazas como una inmensa cinta de plata, á trechos apacible y tranquilo y á trechos jadeante y espumoso, produciendo murmurio encantador.

Las porráceas frondas de la arboleda, de una y otra orilla, eran balanceadas graciosamente por el céfiro.

El caserón de la hacienda de *El Sobaco*, de color indefinido por la acción del tiempo y las lluvias, circuido de casuchas denegridas para el peonaje, se destacaba en el fondo del escenario.

La tarde declinaba cuando la ilustre comitiva hizo alto frente á la entrada de la finca. A falta del godeño salió á dar la bienvenida á los distinguidos peregrinos el administrador, honrándose en ofrecerles las habitaciones disponibles y todo lo que bucnamente pudiesen necesitar.

Los viajeros descendieron de dos coches maltrechos y de caballerías de condiciones diversas, buenas y fogosas unas, y regulares ó derrengadas otras; en tanto, el mayoral procedió á desenganchar los tiros y á pedir sitio á propósito para los arneses.

Cuando el sol hubo tramontado dejando como rastro de su paso llamaradas coecíneas que á la altura se desleñan en tintes rosáceos y nacarinos, el lecho del Nazas ofrecía una escena inusitadamente vis-

tosa; los soldados metidos en el agua hasta la cintura estropajeaban sus cuerpos y los de las cabalgaduras, armando una alharaca descomunal con su gritería de moros y risotadas de payasos. Los empellones y demás travesuras se sucedían como vistas de cinematógrafo, y á lo mejor varios soldados dieron hasta el fondo del río con todo y uniforme, si uniforme se le puede llamar al conjunto poco estético de aquellas abigarradas vestimentas.

Concluído el alegre baño, que bien se necesitaba después de un día de solana abrumadora y de que hacía mucho que aquellos curtidos cuerpos no recibían las dulces caricias del agua y del jabón, se replegó la tropa al campamento en espera del sabroso rancho.

* * *

Un personaje de corpulencia bien proporcionada, tez blanca, barba poblada y ojos garzos, correctamente vestido y de maneras distinguidísimas, se acercó á la familia del administrador y entabló el siguiente diálogo con doña Guadalupe:

—Dispense usted, señora, vengo á hacerle una súplica.

—Pase usted, caballero. ¿Usted es el señor Iglesias?

—Sí, señora, para servir á usted.

—Siéntese usted y mande lo que guste, que para eso estoy, para servir á tan buenas personas.

—Gracias, muchas gracias—y el señor Iglesias acompañó sus palabras con una exquisita sonrisa y una discreta reverencia.

—Conque diga usted, caballero.

—Le suplico tenga la bondad de ofrecer en persona la mejor habitación que pueda usted facilitarnos al señor Presidente de la República.

—Con mucho gusto. Mire usted, aquella pieza que está en el rincón es la mejor y tiene dos camas

—Está bien; entonces esa pieza que sea para el señor Presidente y don Guillermo Prieto.

—¿Cómo? ¿también está aquí don Guillermo Prieto? ¿el poeta?

—Sí señora, el poeta:

—¡Magnífico! ya conocí á don Benito, ahora tendré el gusto de conocer á don Guillermo.

—Yo tendré el gusto de presentarle á tan buen amigo.

—Gracias, señor Iglesias. Y doña Guadalupe se fué al comedor á hacer los últimos preparativos para la cena.



Acababan de sonar las ocho de la noche en el reloj de la sala, contigua al comedor; el gran Presidente se puso en pie y todos los comensales hicieron lo mismo; unos criados cargaron violentamente con las sillas, y el grupo de venerables patricios desfiló á las afueras del patio, hacia el improvisado templete que los soldados y peones, á las órdenes de un capitán, habían dispuesto como por encanto.

El Nazas seguía corriendo tranquilamente, arrullando con su tierno rumorar el sueño indolentemente apacible de sus náyades; la poética luna rielaba sobre las linfas y paseaba con donoso garbo su blanca faz sobre el longincuo espejo. Las estrellas, eternas envidiosas de Selene, titilaban á la espalda de ésta, como haciéndose mutuos guiños para motejarle su incorregible coquetería. Mecíase muellemente el ramaje al impulso de la brisa y el pabellón de la República izado en el templete, en el sitio de honor, flameaba gallardamente. La gasa de niebla que envolvía las altas crestas de las montañas había terminado por esfumarse.

Ni nubes en el cielo, ni lobregueces en el escenario, ni fatiga en el cuerpo, ni abatimiento en el espíritu, ¡todo ello no era

sino el sibilino preuncio de las futuras victorias!

El C. Presidente tomó asiento y á sus lados se colocaron los Ministros de Estado y demás miembros ilustres de la peregrinación; allí estaba Lerdo de Tejada, Iglesias, Balcárcel, Goytia, Manuel Ruiz y Guillermo Prieto.

La parada militar se componía modestamente de la escolta presidencial y el Batallón de Guanajuato.

¡En aquel grupo de honrados ciudadanos estaba la Patria, allí estaba la República, la Ley omnipotente, la honra nacional, la santa Democracia! ¡Guay de los menguados que en la lejana capital se habían erigido en risibles constructores de castillos en el espacio!

¿Dónde estaban los patriotas de otros días? Los que juraron la Constitución de 57? ¿Los que salieron de México con el Presidente dispuestos á compartir las duras penas de la vida trashumante y azarosa? ¡Oh, vergüenza, muchos de ellos con beatífica humildad se habían puesto bajo la protección del exótico Imperio!

No importaba; Juárez era el salvador, el invencible, "el genio de la voluntad;" es decir, todo lo que la patria necesitaba para el triunfo.

Por eso ¡Viva el señor Juárez! fué el primer hosanna que repercutió la sierra madre en aquella memorable fecha.



La noche anterior, 15 de Septiembre, se había celebrado un acto cívico, sin previa formalidad, en la Noria Pedriseña, en el cual Manuel Ruiz había improvisado una patriótica alocución dirigida de modo especial á los fieles soldados, con el fin preeminente de ensalzarles la magna obra de Hidalgo á la par que sus truculentas desdichas al atravesar el desierto, desdichas que tenían resonante y lejano eco en las actuales circunstancias.

Como respuesta á las elocuentes palabras de Ruiz, el ronco tronar del cañón anunciaba la proximidad del enemigo.

No había disyuntiva, al día siguiente, el gran día de la patria, fué necesario avanzar hasta la hacienda de *El Sobaco*; allí el mismo Presidente fué el promotor de la celebración de la Independencia, como una nueva protesta de fidelidad al deber, como un anatema lanzado al rostro de los inicuos.

¿Qué mejor sitio para la gran remembranza que aquel rincón de la República

donde acariciaba el hálito de la libertad y donde se invocaba al Dios de la naturaleza como el mejor testigo de la justicia nacional?

Silencio solemne.....iba á hablar Don Guillermo Prieto.

A una señal del señor Juárez el orador se puso en pie, y dijo más ó menos: Ciudadano Presidente, Conciudadanos; En esta fecha de gloria impercedera nuestros pechos laten al unísono, al impulso de un solo sentimiento, el patriotismo; bajo la inspiración de una idea santa, la libertad; y al arrullo de una misma madre, la patria.

He aquí la trinidad sublime de nuestra devoción, de nuestros holocaustos, de nuestros sueños y esperanzas.

¿Habrá poder humano que arranque de nuestras almas la fe? ¿Habrá esclavistas del pensamiento que sujeten con cadenas y grillos el mirífico ideal que nos anima? No; estamos á salvo de inquisidores y lémures, porque la mano de Dios nos guía, como á los israelitas en el desierto, y las sombras venerandas de Hidalgo y Morelos nos fortalecen con su aliento, su vida y su gloria.....

La patria es inmortal, es grande, es divina, y en estos momentos, vos, señor Pre-

sidente, representáis á la patria con vuestra firmeza y justicia, con vuestra fe y abnegación, con vuestros sacrificios y esperanzas.

¿Qué importa que acosado por el enemigo extranjero y las mesnadas de la traición tengáis que recorrer el camino del Calvario si á la postre—vencedor ó vencido, no importa—la historia y la gratitud nacional os elevarán hasta el monte de la Transfiguración?

La sentencia está escrita.... el honor de la República á salvo.....esperemos tranquilamente el día de la justicia.....

La independencia es el legado más cuantioso de nuestros padres, por eso luchamos por ella. La independencia proclamada en Dolores fué el grito de redención, el testamento de nuestras libertades sellado con sangre generosa de mil héroes, por eso propulsamos la usurpación y derramaremos con gusto hasta la última gota de nuestra sangre.

Que contraiga el rostro del usurpador la risa mefistofélica de su desprecio para nosotros, que nos cree moribundos y con nosotros á la patria; no importa, aquí tenemos al hijo predilecto de la patria, á su salvador, al gran Juárez que no desfallece porque es de bronce, porque es como la ro-

busta encina que no tiembla ante los embates de la tempestad, como estas montañas que soportan impasibles las descargas fulmíneas de los rayos.....

—¡Viva el señor Presidente! ¡viva México! ¡viva la Independencia! fueron las estentóreas exclamaciones del auditorio, cuyos ecos repercutieron las rocas como animadas de súbito por espectáculo tan espontáneo y soberbio.

Doña Guadalupe que pocas veces había pensado en las glorias cívicas y en el amor á la patria, estaba llorosa por la emoción.



Don Guillermo prosiguió su interrumpida improvisación, sus labios eran una catarata de sonoridades, un huracán irresistible de elocuencia, se había posesionado de él el vértigo de la oratoria, estaba transformado, soberbio, resplandeciente, hubiera querido con su mirada de relámpago trasponer las distancias y sorprender al enemigo, al Imperio, á los traidores y hacer con todos ellos un escarmiento como el de Sodoma y Gomorra, para vindicta de la patria y de la humanidad.

Al terminar—jadeante, sudoroso y con

la corbata desarreglada—se dirigió á la tropa: ¡Vosotros, soldados de la República, sed grandes en la prueba, estoicos en el sufrimiento, valientes en la pelea, serenos en la derrota; mañana, al lucir el nuevo sol de nuestros triunfos seréis proclamados los heroicos los grandes, los vencedores!

¡Vivan los chinacos!.....

Don Benito se adelantó hacia el orador y ambos patriotas se confundieron en un prolongado abrazo.



EVASION DEL GRAL. DIAZ.

[21 de Septiembre de 1865].

El Subprefecto de Tepeaca, amigo íntimo del Comandante Carrasco, comisionó á uno de sus subalternos para que buscara á á éste sin pérdida de tiempo.

El Comandante incursionaba por el Municipio de Acatzinco y no se pudo dar con él sino hasta ya muy avanzado el día. Al recibir el apremiante aviso comprendió que algo grave pasaba y voló al llamamiento de su amigo.

Soltó las riendas de su retinto en manos del asistente y penetró en la oficina política, limpiándose el sudor del rostro con un pañuelo de yerbas; el Subprefecto que removía un legajo de papeles suspendió la tarea, y dirigiéndose á su amigo, le dijo:

—¿Qué había pasado contigo, Comandante, dónde te vivías?

—Ya sabes, Chucho, en el desempeño de mi misión.

—Bueno, pero ese no es el asunto, te necesito para otro muy serio.

—A ver de qué se trata, habla.

—¿Serías capaz de ganarte mil pesos?

—Pero, hombre, esa pregunta no se hace. Por los mil pesos ardo en descos. Explicáte.

—La cosa es muy sencilla, ó mejor dicho, muy seria. Infórmate; y le alargó un telegrama que tomó de la mesa.

—¡Cáspita!... ¡cáspita!... exclamaba el Comandante á medida que leía. Conque esas tenemos. Pues sí el Gral. Díaz se ha fugado, que lo busquen en el cielo, porque lo que es la tierra, ni rastro deja.

—Pero ya ves, la oferta es muy tentadora. Mil pesos porque se le reaprehenda, no es cosa de despreciar.

—Es cierto, y después de todo sería un buen servicio al Imperio. Figúrate lo que hará Díaz si logra organizar otro ejército en el Estado de Oaxaca.

—Pues de seguro va á dar mucho que hacer.

—Bueno ¿y cuándo se fugó?

—Hoy mismo, día 21; así lo dice el telegrama ¿no te has fijado? Seguramente la fuga la llevó á cabo anoche, pero hasta hoy temprano repararon sus guardianes en el suceso.

—¿Y se entiende que presentando su cabeza, el Conde de Thum dará la gratificación?

—Sí, señor, vivo ó muerto; no importa.

—Voy á tomar mis providencias. Lo probable es que el Gral. Díaz pretenda dirigirse á Oaxaca, y por aquí más ó menos debe ser su derrotero.

—Buena suerte, Comandante, y hasta la vista.

Media hora después el Comandante Carrasco, á la cabeza de treinta ginetes, haciendo cabriolas, tomaba la carretera de Tecali, en busca del intrépido fugitivo.



Dos días después el alcalde de Guaynea decía con un propio al Subprefecto de Tepeji: En estos momentos, que serán las cuatro de la tarde, he tenido noticias ciertas que al rancho de Tlacotepec ha llegado D. Porfirio Díaz con 200 caballos; me informaré y daré pronto aviso del rumbo que tome."

El Gral. Díaz con los catorce hombres que en las cercanías de Puebla le tenía preparados el incansable y fiel Bernardino García, sorprendió y desarmó á la guarnición de Tehuitzingo; aumentó su fuerza

hasta el número de 40 hombres, regularmente armados, y con ella marchó sobre Piaxtla donde le salió al encuentro un escuadrón de Acatlán. Unos cuantos minutos bastaron al ilustre General para derrotar por completo á los imperialistas, y provisto de más armamento y buenos caballos prosiguió su marcha con dirección á Oaxaca, sin que le amedrentaran en un ápice las varias guerrillas que le seguían la pista.

Con la fuerza que hábilmente había organizado en el reducido lapso de una semana, se decidió á resistir el ataque de las tropas de Visoso que con 150 caballos y Flon con 200, le habían alcanzado por orden apremiante de Bazaine, para batirlo sin tregua hasta reaprehenderlo.

La acción se efectuó el 1º de Octubre y con tan feliz suceso para el jefe republicano, que en unas cuantas horas hizo 40 muertos, más de 100 prisioneros y le quitó á Visoso tres mil pesos en efectivo.

Decididamente la buena estrella del Gral. Díaz se levantaba de nuevo, la causa nacional estaba de plácemes y el invicto Ejército de Oriente en vísperas de su reaparición y de sus inmarcesibles glorias.

Las noticias de triunfos tan sorprendentes como inesperados, llegaron á la Corte

imperial con su cortejo de pavor y desconcierto; aquello era inaudito, desconsolador, tremendo, y los ánimos apocados y febricitantes no vieron otro recurso posible de salvación que el asesinato, la infamia, el exterminio y la barbarie erigidos en ley.

Maximiliano, Bazaine y demás corifeos del raquíptico Imperio se sintieron reducidos á la impotencia, y como todos los impotentes, esgrimieron la única arma que tenían disponible: *el despecho*.

De esa pasión innoble brotó, como rayo de cólera furibunda, ese documento infame que todos conocemos con el nombre de "Ley del 3 de Octubre de 1865."



Retrocedamos un poco. La campaña en el Estado de Oaxaca sostenida valientemente contra el Imperio por el Gral. Díaz á fines de 1864 y principios de 65, revistió tal gravedad y despertó tales inquietudes, que Bazaine determinó dirigir las manobras en persona. El brillo de las armas francesas se estaba empañando á gran prisa, y el jefe de ellas anheloso de volver por su legendario prestigio lanzó un ejército formidable, un magnífico tren de artille-

ría y un grupo de oficiales de lo más selecto.

Sucedió lo inevitable; los republicanos, reducidos al último extremo por la aplastante superioridad del adversario, tuvieron que rendirse.

El triunfo de Bazaine, por más que halagase su vanidad, resultó muy caro para Francia; su costo ascendió á la respetable cifra de *medio millón* de pesos.

El Gral. Díaz fué conducido á Puebla en calidad de prisionero de guerra y guardado con sobra de precauciones en una celda de la Compañía.

Allí soportó su cautiverio con cívica resignación, anhelando tan sólo que otros jefes, más afortunados por el momento, siguieran luchando hasta realizar el supremo ideal: la reivindicación de la patria y el triunfo de la justicia.

El cautivo habría intentado evadirse, pero *nobleza obliga*, como reza la vieja sentencia. Habían sido tan notablemente desinteresadas las atenciones de Schismandia —que era el encargado de su custodia— que jamás pensó seriamente en comprometerlo.

Pronto, sin embargo, cambió la escena; su nuevo carcelero el Conde de Thum, hombre de maneras rudas, altivo como un

belitre, estrechó su prisión y le hizo objeto de vejaciones hasta el grado de hacerle intolerable su situación.

Desde ese momento el Gral. Díaz no tuvo más que una idea fija: evadirse.



Julián Martínez, hombre inculto, de ingenio casi nulo, tenía, no obstante su rudeza, elevadas virtudes: reservado, fiel, obediente y patriota como pocos. Era el mozo de Don Porfirio.

¿Qué habría hecho por su General? Habría hecho todo, sin vacilar, sin discurrir una palabra. Habría dado su vida seguramente.

Un día que llegaba á la prisión con el almuerzo de su jefe, le detuvo intempestivamente el Conde de Thum.

—A ver, tú, muchacho, ¿qué llevas? le preguntó, por mediación de un sargento que hablaba bien el castellano.

—Nada, señor, contestó Julián.

—¿Cómo nada? ¿Qué lleva la canasta?

—La comida, señor.

—Regístralo, dijo el Conde de Thum al sargento.

—Este cumplió estrictamente el mandato descubriendo la canasta y registrando las ropas del mozo.

—No hay nada.

—Bueno, ¡pasa! gruñó el Conde, de mal humor.

Media hora más tarde, á la salida de Julián, el Conde le detuvo de nuevo.

—Oye, muchacho, ¿qué te ha dicho Don Porfirio?

—Nada, señor.

—Aquí me vas á decir para quienes fueron las cartas que sacaste el otro día.

—Yo, señor, no he sacado ninguna carta.

—¡Mira!—y le enseñó un par de relucientes onzas—te las voy á dar si me dices nada más cuántas cartas te ha dado tu amo. Es cosa muy sencilla, y te aseguro que fuera de mí nadie sabrá una palabra.

—Señor, haga usted de mí lo que quiera, pero mi amo no me ha dado ninguna carta.

—No seas necio, hombre, y ya verás que te va bien.

—El Gral. Díaz nunca me da papeles.

—Nunca ¿eh?

—Nunca, señor, nunca.

—Bueno, ya verás más tarde ¡imbécil! anda vete.

Julián Martínez con el sombrero en la mano y haciendo grotescas ceremonias, salió al parecer más idiota que nunca.

Este buen hombre obedeciendo escrupu-

losamente las órdenes de su jefe, se mantenía en una reserva absoluta; era impenetrable como una estatua, incapaz de una traición. A pesar del refinado espionaje, Julián, jugando la vida, había sido portador de varias cartas para los amigos de Don Porfirio, se había puesto al habla con Bernardino Gareña y había introducido á la prisión una soga.

Con estos antecedentes, el Gral. Díaz permaneció en acecho de la primera oportunidad.



El centinela se paseaba al frente de la celda con el arma al brazo, las bóvedas devolvían el eco monótono de los pasos. La celda estaba completamente á oscuras y era imposible distinguir la silueta del Gral. Díaz que, á un lado de la puerta, con soga en mano, espiaba los movimientos de su guardián. Al dar éste la espalda, el distinguido prisionero se deslizó rápidamente á lo largo de la pared.

El centinela continuó su paseo de un lado á otro, sin que el menor indicio le hubiese denunciado lo que acababa de pasar.

El General logró subir con alguna dificultad al techo de una cocina y desde allí comenzó á lanzar la cuerda hasta que des-

pués de muchos ensayos quedó enganchada de una pilastra. Trepó resueltamente y en dos minutos se colocó en las bóvedas del exconvento de la Compañía.

Nuevas aprensiones: en el edificio había apostados otros centinelas; por fortuna estaban tan descuidados como soñolientos.

El ilustre fugitivo, arrastrándose casi sobre el piso, llegó á la espalda del templo, sujetó el extremo de la cuerda y descendió con gran peligro á la azotea de la casa vecina. En el otro extremo de la soga ató dos cartas, una para Schismandia en que le agradecía su caballeroso comportamiento, digno de un verdadero hidalgo, y otra para el Conde de Thum, un tanto agría como es de suponerse, en que le reprochaba sus brusquedades y descortesías y lo invitaba para que en día no remoto se viesen en el campo de batalla y frente á frente de sus respectivos ejércitos.

Una vez en la calle, el Gral. Díaz enteramente solo se dirigió á las afueras de la ciudad, con apariencias de mucha calma, y atravesando sembrados llegó á Coyula, donde Bernardino García le esperaba con catorce hombres que fueron el brillante núcleo del bizarro y memorable Ejército de Oriente.

El episodio casi fabuloso, tema digno pa-

ra un volumen de novela, se efectuó en la noche del 20 al 21 de Septiembre de 1865, y produjo gran asombro en unos y mucho despecho en otros, principalmente en el Conde de Thum, que sin escrúpulos ni rubores puso á precio la cabeza del prisionero, pues á tal equivalía la oferta de mil pesos al que lograrse reaprehenderlo.

El Gral, Díaz, con la constancia y el denuedo que le animaron siempre, una vez internado en su Estado natal, reanimó el espíritu público un tanto decaído aunque jamás extinto, organizó un regular contingente de guerra, y siempre á la cabeza de sus valientes, atacó al enemigo en todos sus reductos, con la confianza que da la buena causa y con el entusiasmo que comunica el patriotismo á los espíritus superiores.

La marcha triunfal del Ejército de Oriente está marcada en las páginas de la historia nacional por las brillantes acciones de Miahuatlán, la Carbonera, Puebla, San Lorenzo y México, que, juntamente con las no menos gloriosas de los Ejércitos del Norte y Occidente, derribaron el Imperio, restituyeron el gobierno constitucional y consolidaron para siempre los principios republicanos.

BATALLA DE ZONTECOMAPAN.

(21 de Octubre de 1865).

Los heroicos hijos de Tetela del Oro, hoy de Ocampo, Puebla, agobiados por la superioridad numérica de las fuerzas imperialistas que en tres columnas bien municionadas habían atacado la población, tuvieron que internarse en lo más abrupto de la serranía, sin que por ello se hubiesen contristado en lo más mínimo, antes bien abrigando la convicción de que pronto batirían al enemigo hasta en sus posteriores reductos y alcanzarían la final victoria que les restituyese, sin nuevas inquietudes, el amado terruño.

Para aquellos valientes, hijos de las selvas, nada más á propósito para mantener latente el fuego de la libertad que la montaña. Allá en sus empinadas rocas y guájaras infranqueables, donde cada prominencia es un baluarte y cada árbol una trinchera, formaron sus chozas y enarbolaron el pabellón de la República tan só-

lo en espera de mejores días para desalojar de los poblados á las mesnadas del titulado Imperio.

Los serranos de Tetela y Nochiapulco merecieron bien de la patria por su denuedo cívico y firmeza inquebrantable; mientras Zacapoaxtla y otras poblaciones comarcanas habían doblado la cerviz ó espontáneamente se habían adherido á la mala causa, aquellos se mantuvieron enhiestos como sus pinares, firmes como sus graníticos cantiles, imponentes como sus encinas seculares, indomables y libres como las fieras de sus bosques.

Ya, en el primer choque contra la Intervención en los históricos declives de Loreto y Guadalupe, donde el honor nacional salió sin mácula y las legiones de Francia se cubrieron de baldón, los improvisados soldados de la sierra hicieron verdaderos prodigios de osadía, conquistaron lealmente el dictado de valientes y entraron radiosos y serenos en el santuario de los inmortales.

En el luminoso catálogo de sus caudillos, cuyos nombres se pronuncian con religiosa veneración, porque fueron ideales encarnados, figuran Juan N. Méndez, émulo aventajado de Cincinac; Juan Crisóstomo Bonilla, mentor y adalid de excepcionales

energías; Juan Francisco Lucas, valiente y temerario entre los primeros; Gregorio Zamítiz y Lauro Luna, patriotas immaculados y guerreros de temple, que nunca midieron los peligros ni el número de los contrarios. Estos y otros varios que sería prolijo enumerar, se hicieron, en repetidas anútebas, merecedores de los entusiastas elogios y las más genuinas bendiciones de sus conterráneos.

A pesar de las tenaces embestidas y los extraordinarios esfuerzos de los imperia- listas, que soñaban con la sumisión definitiva de la sierra, pronto llegaron al convencimiento de que aquella región, engalanada de exuberancias y propicia para la simiente de la libertad, era completamente estéril para el Imperio.

Una ocasión, durante la terrible lucha, los bravos hijos de Xochiapulco — punto distante de Tetela 30 kilómetros — apremiados por el gran número de enemigos que tenían á la vista y lo desesperado de su situación, no se detuvieron en pesar el valor del sacrificio: prendieron fuego á sus casas y se internaron con sus familias en la espesura de sus bosques. Antes que dar recursos y abrigo al enemigo, le ofrecieron columnas de humo y montones de ceniza.

Y mientras los cómplices de Napoleón

y Maximiliano se mesaban despechados y ordenaban la retirada, porque no había enemigo que copar ni botín que conducir en son de triunfo, los valientes ensalzaban á la patria con solemnes y altísonos epinicios desde las crestas de la serranía.



Serían las cuatro de la tarde del 21 de Octubre de 1865, cuando se presentó al Gral. Juan Francisco Lucas—que fungía de General en Jefe de las fuerzas unidas de Tetela y Xochiapulco, y estaba situado en la cumbre de Sacaloma, entre Taxco y Ometepecc—un indio de apretada musculatura, la tez cobriza, mirada de águila, intonso, la bruna melena caída sobre los hombros como plumaje de cuervo, algodón de lana atado á la cintura con grueso cordel, calzón arriba de las rodillas y sandalias de piel cruda de buey.

—¿Qué hay muchacho? le preguntó en azteca el valiente General, cuando lo tuvo delante.

—Señor General, respondió el robusto indio, el enemigo viene á atacarnos. Salió de Tetela por el camino de San Esteban y acaba de tomar el de Taxco.

—¿Quién te ha mandado con la noticia?

—El capitán Don Miguel, que viene observando los movimientos del adversario.

—Y el enemigo ha visto á nuestra gente?

—Creo que no, señor, porque Don Miguel viene caminando dentro del monte.

—¿Y vienen algunos extranjeros en la fuerza?

—Sí, señor, vienen muchos austriacos con los zacapoaxtlas.

—¿Son muchos, dices?

—Sí, señor, muchos.

—Vete al instante y dile á Miguel que se replegue á la tropa de Zamítiz. Mucho cuidado; que el enemigo no malicie que se le observa.

El indio partió á carrera abierta, con la agilidad y desenvoltura propias de los hijos de la sierra.



A doce kilómetros de Tetela, entre Taxco y Ometepec, hay una cañada pintoresca que los naturales llaman *Zontecomapan*. A uno y otro lado se extiende el bosque casi impenetrable.

El Gral. Lucas de acuerdo con el Gral. Juan Crisóstomo Bonilla que fungía de segundo General en Jefe, dispuso que su tropa, compuesta de soldados de Xochiapulco, Tetela y Zautla, en número de 300, se em-

boscara en ambos lados de la cañada, con la consigna estricta de no emprender movimiento alguno sino hasta que el mismo General ordenase el asalto.

La tropa republicana tomó posiciones en una larga extensión y un minuto después no se movía ni una rama ni se percibía el menor ruido.

La situación, á pesar del buen punto estratégico y de lo bien meditado de la sorpresa, era en extremo angustiosa por la falta absoluta de parque, pues al pasarse revista se vió que toda la dotación consistía en *un solo cartucho* que llevaba un soldado.

¡Un cartucho!.....¡irrisión del destino! ¿Qué se podía esperar de aquel puñado de republicanos contra un enemigo, fuerte de 1600 plazas, bien provisto de armamento, disciplinado, con jefes expertos á su cabeza y con un poderoso contingente de soldados austriacos?

No obstante, el deseo de escarmentar al finchado adversario, de sacar limpio el honor comprometido y de patentizar una vez más el profundo amor á la libertad y á la patria, inflamaron todos los corazones y redoblaron intensamente todas las energías.

Lo más flamante del armamento consistía en machetes, ballonetas y garrotes; los

mosquetes viejos fueron relegados más que por embarazosos por inútiles.

Los impávidos serranos se comprometían á sabiendas en una empresa formidable, temeraria, casi descabellada; pero con la íntima convicción, eso sí, de que vencidos ó vencedores, se hacían dignos del honroso nombre de mexicanos y merecedores para siempre del aprecio y respeto de los pueblos libres.

Sus hermanos de Michoacán, tan valerosos como heroicamente sufridos, les habían dado ya, en repetidas ocasiones, gloriosos ejemplos de arrojo, cuando privados de pan y armas, condenados á la vida trahumante por andurriales y llanuras despoladas, se arrojaban como tremendo alúdi sobre el adversario ó combinaban ingeniosas emboscadas que les daban por resultado, algunas veces, el proveerse de víveres para la subsistencia y armas para la lucha.

Hechos los pocos preparativos en la forma que dejamos señalada, se esperó resueltamente al adversario.



Minutos antes de las cuatro de la tarde apareció en los ribazos de la senda la descubierta del ejército imperialista, guiada

cautelosamente por el traidor Matías Franco. En el instante preciso en que el grueso de la fuerza se apiñaba desordenadamente en toda la extensión de la cañada, el Gral. Lucas ordenó el asalto, y aquella voz de mando fué como la corriente eléctrica que puso en movimiento á la terrible hueste.

De un salto, semejante al de una fiera que cae de improviso sobre la codiciada presa, se puso al lado del adversario y le acometió con tal decisión y bravura que éste no tuvo tiempo de reponerse, de improvisar la defensa, ni siquiera de hacer uso de sus armas con mediano éxito. El machete y la balloneta jugaron el principal papel en toda la extensión de la batalla y en unos pocos minutos el campo quedó empapado de sangre y cubierto de cadáveres.

El enemigo hizo esfuerzos inauditos por romper el apretado cerco y ganar la espesura del bosque, pero no lo consiguió sino á costa de muchas víctimas. El armamento que había perdido era, por otra parte, utilizado diestramente por los republicanos, y ya no sólo se oía el choque de los sables, sino las explosiones repetidas y formidables de la fusilería.

Poco á poco la sangrienta acción abarcó

un extenso radio, apenas adivinado por la gritería y las detonaciones; grupos aislados se batían con encarnizamiento de tigres heridos, hasta que por fin, las sombras de la noche pusieron término á la matanza.

La fuerza del Gral. Lucas se reconcentró poco á poco en el mismo sitio de la acción y hasta ya muy entrada la noche se pudieron reunir los últimos grupos. Su pérdida total consistió en seis muertos y nueve heridos.

La fuerza estaba no sólo orgullosa y satisfecha, sino materialmente electrizada, el feliz éxito del encuentro era motivo más que suficiente para ello. Cada guerrero era proclamado héroe de la jornada y las felicitaciones y hurras se sucedían sin intermitencias, como justa expresión de corazones esforzados, que, en momentos supremos, habían sabido luchar por el honor de la patria.

¡La memorable batalla de *Zoutecomapan* merece un lugar distinguido en las páginas de nuestra historia!



Los que desconocen la historia de México, especialmente la tremenda lucha que sostuvo el partido liberal contra la Inter-

vención y sus aliados, el Imperio y los infidentes; los que creen ó suponen todavía que los mexicanos eran soldados medrosos y sin honor, cuya bandería era el pillaje y el asesinato, deberían, por prestigio propio, recorrer esa serie de episodios heroicos que, frescos aún en la memoria de muchos afortunados supervivientes, prueban que el valor y el espíritu de abnegación, la dignidad y la idea de patria, fueron siempre la divisa de los esclarecidos soldados de la República.

En lo más acerbo de la prueba, cuando el enemigo se había hecho fuerte en nuestras mejores plazas y se posesionaba de todos los recursos nacionales, nuestros guerreros sin techo en que guarecerse, acampaban contentos bajo la bóveda del cielo y soportaban tranquilos las inclemencias de las estaciones; sin uniformes, se vestían de manta; sin armas, corrían al encuentro del adversario para quitárselas; sin pan, se alimentaban de maiz tostado; sin oro, se creían felices con una peseta.

La derrota no era sino poderoso estímulo para levantar nuevos ejércitos al día siguiente, y la victoria la mejor ofrenda que llevar con lágrimas de ternura ante el sagrado altar de la patria. ¡Esos fueron los soldados de la República, los adalides de

la buena causa, los heroicos, los invencibles!

El que pretenda infamarlos; por uno que otro desgraciado ejemplo, que lamentamos, pero que á fuer de justicieros debemos reconocer como fruto sazonado de las represalias, debe ser un columbino ignorante ó un malvado, y nunca habrá indignación suficiente para castigar su atrevimiento.



El Gral. Lucas, en la misma noche y sobre el mismo escenario, sin darse aún cabal cuenta del trágico suceso, por la imposibilidad de levantar el campo en unas cuantas horas, dado lo abrupto del terreno y la densa niebla que súbitamente cubrió el bosque, rindió su primer parte en los siguientes términos: "Hemos derrotado completamente al enemigo, hicimos 61 muertos: 21 austriacos y 40 mexicanos; cayeron en nuestro poder 10 prisioneros, de éstos 9 son austriacos; hay en el campo mucho armamento y muchas municiones. ¡Viva el ejército de la sierra!"

El Gral. Lucas se había engañado, la magnitud del desastre era incomparablemente mayor, como se comprobó al día siguiente que se exploró el campo por el intrépido Lauro Luna. Hecho el recuento

minucioso de los muertos, éstos ascendieron al respetable número de *setecientos*; es decir, casi la mitad de la fuerza imperialista había quedado tendida en el campo de batalla.

¡Espantosa hecatombe — teniendo en cuenta el escaso número de los contrarios — que los corifeos del Imperio consideraron como un golpe excesivamente mortal para su causa en aquella parte de la sierra de Puebla!

Entre los egregios ciudadanos que más se distinguieron en esa acción por su arrojo y presencia de ánimo, merecen citarse, para perpetuo ejemplo, Juan Crisóstomo Bonilla, Lauro Luna y Gregorio Zamítiz.

Estos tres, desaparecidos del escenario de la vida, juntamente con el patriota y laureado Gral. Méndez, tienen un larario indestructible en el corazón de cada uno de sus conterráneos.

¡Bendita sea la gratitud del pueblo!

El Gral. Juan Francisco Lucas vive aún, agobiado por el peso de los años y ostentando tremendas cicatrices en el rostro, como gloriosos trofeos de su egregia vida de militar.

¡Ante ese venerable soldado de la libertad, monumento viviente de la gran epopeya, hay que descubrirse con respeto!

ESCOBEDO EN MONTERREY.

[1865].

Departía amigablemente el Gral. Escobedo con algunos oficiales de su Estado Mayor en el llano de la Marcelina. La tropa descansaba plácidamente á la sombra de los árboles y la caballada esparcida á la redonda tomaba su pienso de zacate y pasto.

El patriota General se había visto obligado á levantar el sitio de Matamoros por la escasez de parque, circunstancia que lamentaba profundamente, convencido como estaba de que la plaza no podría resistir por muchos días.

Pero no era él quien se desconcertara por las contingencias de la guerra, al contrario, parece que éstas le azuzaban la inventiva y le multiplicaban las energías. Precisamente exponía ante sus compañeros de armas algunos planes atrevidos para las próximas maniobras y expresaba su

confianza en la derrota inevitable y final del enemigo.

En esto estaba cuando alguien le llamó la atención hacia un grupo de ginetes que sin el menor titubeo se aproximaba al campamento.

Deben ser de los nuestros, dijo, y esperó tranquilamente sin levantarse del tronco que le servía de asiento.

—¡Pancho!—dijo el General luego que se acercó el oficial que encabezaba el grupo—¿qué vientos te traen por acá?

—Traigo para mí General una cartita del Coronel Treviño. ¡Buenas tardes, señores!

—Buenas tardes.

¿Por dónde anda el Coronel? preguntó Escobedo.

—Lo dejé cerca de Cadereita.

Una vez que el General hubo recorrido con la vista el pliego dijo en alta voz:

—Oigan ustedes, señores: “Una columna de franceses ha salido de Monterrey, sin que pueda yo precisar á donde se dirige. La ciudad queda guarnecida por mil traidores. Tal vez sea oportuno emprender un ataque. Ud. determine lo que crea conveniente. Vuestro adicto Coronel—Treviño.”

—No hay tiempo que perder, señores; esto modifica en algo nuestros planes, pe-

ro no importa, el caso del momento reclama nuestra atención. Formaremos dos columnas, una al mando del Coronel Naranjo y otra bajo la dirección del Coronel Cortina. Con la primera y mi Estado Mayor marchó á unirme á las fuerzas de Treviño, y la segunda que se quede en observación del enemigo.

Combinado el plan, Escobedo apareció muy pronto en el pueblo de Guadalupe, á unos cuantos kilómetros de la ciudad, en actitud resueltamente amenazadora.



Los imperialistas tenían sus trincheras en estado satisfactorio, buen armamento y abundancia de municiones. Así que no se inquietaron por su suerte y esperaron serenos la embestida. Tinajero y Quiroga, que mandaban la fuerza, se pavoneaban airosamente por las calles y apenas si se preocupaban por la proximidad de los republicanos.

El Gral. Escobedo estaba ansioso por entrar en acción, pero tenía todas las desventajas de su parte; sus soldados, reclutas en su mayoría, mal vestidos y peor alimentados, carecían de otros elementos indispensables para la hora suprema: buenas armas y suficiente dotación de parque.

¡Oh Santo amor de la patria! ¡Sólo por ese sentimiento se pueden explicar tantas proezas increíbles en nuestra guerra de cinco años! La formación, el desarrollo y sostenimiento del bizarro Ejército del Norte, son hechos novelescos, casi inverosímiles.

Al emprender la campaña con el *formidable* ejército de una docena de hombres, Escobedo se dió el mando de capitán y los Coroneles Naranjo y Treviño descendieron á sargentos. En estas condiciones recorrieron la frontera, sublevaron pueblos, se hicieron de armas y acosaron al adversario hasta cansarlo.

Para narrar las penalidades, lo mismo que los triunfos, se necesitaría un émulo aventajado de Riva Palacio que, en su *Calvario y Tabor*, hizo la grandiosa apotosis del Ejército de Occidente.

El dinero entre los republicanos fronterizos era casi desconocido, muy feliz era el que con los reales, medios y tlacos podía llevar consigo la suma de un peso; una quincena de haber después de tres ó cuatro meses de lucha y privaciones era el acontecimiento más inesperado y grandioso del día, que se celebraba con ruidosos festejos; el alimento se reducía á tortillas y frijoles y era de verse la completa igual-

dad entre oficiales y soldados; los vestidos, si vestidos podían llamarse los harapos, daban á las tropas un aspecto de miseria incomparable; los oficiales, que carecían de insignias, tan sólo se distinguían por la voz de mando; acampaban á la intemperie y después de un aguacero, en sus propios cuerpos se secaban las ropas; con una caja de parque se creían en el deber ineludible de librar una batalla.

Estos fueron los bravos, los invencibles los heroicos, los que un día—ayudados, por sus hermanos de distintas partes de la República,—acabaron con el Imperio y sus corifeos en el histórico cerro de las Campanas.

Algunas veces, como es natural suponerlo, los ánimos republicanos decaían, no por civismo, que fué lo que menos faltó, sino por hambre y carencia de armamento; pero Escobedo, que para todo tenía ingenio, improvisaba peroratas tan ingenuas, tan expresivas, tan dulcemente conmovedoras y tan desbordantes de patriotismo, que los soldados lloraban de emoción, se rendían á la elocuencia de su jefe y terminaban por vitorearlo y bendecir el nombre impoluto de la patria.

Este recurso llegó á ser tan constante y necesario para fortalecer el ánimo de los

bisoños, que una vez, que el desaliento era perceptible en algunos, un soldado se acercó á Escobedo y cuadrándose le dijo con todo respeto: "Mi General, ¿qué ahora no nos dice usted nada?"

Otra ocasión se habían agotado los víveres totalmente y algunos pedían permiso para encaminarse á sus casas y obtener provisiones; pero tal concesión era imposible por las apremiantes necesidades de la campaña; el Gral. Escobedo apeló á su elocuencia acostumbrada. Al terminar su discurso, un soldado dijo á sus camaradas, entre chancista y jubiloso: "No hay cuidado, amigos, ya tenemos ración para tres días."

Para tener un dato más de la miserable condición del glorioso ejército diremos que cierto día que éste acampaba en un rancho de Coahuila, se distinguió de pronto una polvareda y el brillo de las armas, á menos de media legua.

Aquello es tropa, no cabe duda, murmuró un oficial. Escobedo ordenó que se practicara un reconocimiento. A los cuantos minutos la tropa presentaba batalla al enemigo que avanzaba con tanta osadía.

No había tal; era una pequeña fuerza republicana que se incorporaba al denodado Ejército del Norte. Lo que había sucedido fué que se le confundió con el enemigo,

porque todo su personal ¡cosa inaudita! había estrenado blusa y pantalón de manga ordinaria.

Y es hasta ocioso decir que este suceso extraordinario, lejos de provocar envidias, fué objeto de sinceras felicitaciones y general regocijo.



El ataque fue terrible y dirigido con sobra de habilidad. Los valientes rifleros de Naranjo asaltaron el fuerte "Carlota" y se precipitaron sobre la plaza; la fuerza de Ruperto Martínez le apoyaba eficazmente en todos sus movimientos.

La columna del Coronel Garza Leal atacaba con buen éxito el fortín del "Pueblo" y hacia la derecha el Coronel Treviño desalojaba al enemigo.

El Gral. Escobedo batía el centro con gran arrojo y al replegarse los imperialistas, á pesar de su precipitación, fueron alcanzados por la caballería del Gral. Sóstenes Rocha que los acuchilló y desbandó, tomándoles ochenta prisioneros.

En menos de dos horas el enemigo estaba vencido y Escobedo era dueño de la ciudad, pero cual sería su sorpresa al notar que caían bombas en la plaza en donde él

estaba con su Estado Mayor. Lo que había sucedido era sencillamente pasmoso: una columna francesa procedente de Saltillo, sabedora del asalto, entró en la ciudad con tal cautela que no fué sentida, y en un momento dado Escobedo fué cortado del grueso de su ejército. Imposible le hubiera sido salvarse á no ser por la iniciativa personal de Rocha y Treviño que, sin medir lo escabroso de la empresa, cargaron con todas sus fuerzas hasta arrollar á los franceses.

En el término de dos horas Escobedo era otra vez dueño de la plaza y los franceses se replegaban en desorden al cerro del "Obispado," perseguidos muy de cerca por sus intrépidos vencedores.

Al otro día se tuvieron noticias ciertas de que Jeanningros con 800 franceses se acercaba en auxilio de Monterrey, y no hubo otra disyuntiva que emprender la retirada, pero ésta no debía hacerse sin causar el mayor número posible de estragos.

Cuando el refuerzo enemigo estuvo á la vista, Escobedo tomó el rumbo del cerro de la Silla con una parte de sus fuerzas, en tanto que la otra, al mando de Rocha, salió lentamente por el camino real. Jeanningros advertido del doble movimiento también dividió su tropa y emprendió la persecución al trote de sus caballos.



—¡El Gral. Escobedo ha caído prisionero! gritó desafortadamente un sargento.

—¡No! contestó un soldado, yo le he visto escapar por aquella ladera. El Coronel Treviño también escapó por aquel otro lado. Vamos á buscarlos, deben estar á la vuelta del cerro.

El sargento y una veintena de soldados emprendieron la marcha entre los matorrales y á poco andar dieron con sus jefes que reorganizaban á los dispersos.

El suceso, que tenía su novedad y hasta cierto saborcillo de novela, lo refería así el Gral. Escobedo á sus camaradas cuando todos estuvieron reunidos en Cadereita: Preparamos una emboscada con los pobres reclutas en número de cien, Treviño y yo provocamos á los franceses atrayéndolos sin dificultad al sitio, pero cuando estuvieron á la mano, los reclutas se espantaron y no salieron á disparar; sólo tres lo hicieron y mataron á un francés. Cuando yo me dí cuenta tenía al enemigo encima armando una algazara que me aturdí. Un ginete se me colocó al lado á toda carrera y cuando levantó el sable para partirme la cabeza, quebré mi caballo instintivamente, y el francés, al impulso de su brazo que

dejó caer brutalmente, cayó al suelo dando una voltereta espantosa. Yo creo que ese desalmado se rompió media docena de costillas, cuando menos.

Todos rieron estrepitosamente de la ocurrencia.

El asalto de Monterrey, por más que las hojas imperialistas le concedieron escasísima importancia, fué de inmenso valor para las armas republicanas, y lo cierto es que por aquellos días nadie se atrevió á salir en persecución del incansable y ameritado Gral. Escobedo.



¡AQUI, TRAIADORES!

(21 de Octubre de 1865.)

La presencia de un considerable número de oficiales y soldados daba á las calles de la ciudad de Uruapan un aspecto de inusitado movimiento.

Los mesones y fondas estaban materialmente atestados y era de verse el ir y venir de las soldaderas que se abrían paso por todas partes en busca de provisiones. La mayor parte de la población de Uruapan, adicta al Imperio, se manifestaba gozosa en alto grado por la llegada de las fuerzas del Coronel Ramón Méndez y por el sonado triunfo que, hacía una semana, éstas habían obtenido sobre los juaristas. Los pocos liberales no dejaban de inquietarse por su suerte y, particularmente, por ciertas especies que en público se vertían acerca de las manifiestas intenciones del jefe reaccionario respecto de los prisioneros de guerra.

Habían sonado las nueve de la noche. Era el 20 de Octubre de 1865. Dos personajes disfrazados con sombreros de palma

y sarapes platicaban bajo un corpulento fresno de la plaza, aparentemente distraídos, pero que observados más de cerca se podía notar que estaban en acecho de alguien.

Pasados unos minutos se echaron á andar detrás de un tercer personaje, igualmente disfrazado, á quin reconocieron por una ligera indicación de éste. Los tres llegaron á una casa de pobre aspecto, en las orillas de la población, y al anunciarse con un toque se les franqueó la entrada al instante.

Dentro del aposento otro individuo los esperaba con notoria impaciencia, quien, después de estrechar las manos de sus amigos, preguntó:

—Vamos, señor licenciado, qué nuevas nos trae usted?

—Malas, señores, respondió el licenciado (uno de los recién llegados); la situación no tiene remedio. Acabo de hablar con el Coronel Villagómez y me dice que el Coronel Méndez en persona ha comunicado á los prisioneros que mañana en la madrugada serán pasados por las armas.

—Pero ¿será posible la perpetración de semejante iniquidad? ¿No podremos hacer algo nosotros?

—Nada absolutamente. Intentar liber-

tarlos es un imposible; los tienen bien vigilados. Se han ensayado muchos medios, pero sin resultado. Los amigos de los Generales Arteaga y Salazar se han movido mucho, han escrito á México, han acudido á las mejores influencias, y todo en vano. Méndez permanece inflexible, alegando que obedece órdenes estrictas de Maximiliano y del Ministerio de Guerra.

—¡Oh! esa maldita ley del día 3 es una barbaridad.

—Sí, y muy grande; estos valientes serán las primeras víctimas, y quien sabe las que sigan. Por mi parte creo que el malhadado Imperio va de capa caída, pues de otra suerte no se encuentra explicación de tanta infamia.

—De eso no cabe duda, repuso otro de los individuos, pero por lo pronto, creo como el licenciado, no tenemos otro recurso que esperar.

El lector se habrá enterado de que este pequeño grupo de liberales, á riesgo de ser descubierto y juzgado conforme á la terrible ley del día 3, intentaba hacer algo en favor de los prisioneros, pero medidos los peligros, y más que todo, la imposibilidad de realizar algo práctico, se resignó á soportar en silencio la fatalidad de las circunstancias.

El Gral. José María Arteaga, seguido por los intrépidos Salazar, Díaz Paracho y otros —igualmente patriotas— había hecho la guerra al Imperio en una larga extensión del Estado de Michoacán. Esta región de la República fué el teatro de sus magníficas proezas, y á pesar del reducido número de sus tropas siempre se le vió amenazando al enemigo y causándole estragos de alguna consideración. Cuando se veía derrotado y perseguido por fuertes columnas, se refugiaba en los montes, donde permanecía algunos días, y en la mejor oportunidad volvía á la carga con tanto ardor y tan desusada intrepidez, que llegó á ser como Escobedo, Naranjo, Rivera, Régules y Puebla: la constante pesadilla de franceses é imperialistas.

Cierto día tomaba á sorbos una taza de chocolate, en uno de tantos pueblos de Michoacán, cuando se le presentó un ayudante y le dió la noticia de que el enemigo entraba por una calle de la población. Sin contrariarse y llevando en una mano la taza y en la otra la pieza de pan, ordenó que se abocase un cañón de los que estaban listos para partir, y cuando el adversario estuvo á tiro mandó hacer fuego. El enemigo se detuvo para organizar la embestida, pero cuando llegó á la plaza, el Gral. Ar-

teaga ya había salido con su tropa por el rumbo opuesto. El jefe francés que había atacado no encontró en la fonda más que los asientos del desayuno de su rival.

Esa confianza desmedida y ese arrojo temerario fueron probable y desgraciadamente las principales causas que lo perdieron.

El imperialista Ramón Méndez, conociendo la valía del jefe republicano y la funesta importancia de sus ataques, donde quiera que se presentaba, le preparó una sorpresa, tan completa y ejecutada con tal acucia y sigilo, que resultó imposible todo intento de retirada.

La sorpresa se llevó á cabo en Santa Ana Amcatlán el 13 de Octubre de 1865, por una partida de cien hombres al mando del teniente Amado Rangel, que se había deslizado por el centro de una cañada.

Méndez, entretanto, llamaba astutamente la atención por el rumbo de Tancítaro.

Las tropas federales descansaban tranquilas, sabiendo que Solano por un lado y Tapia por otro observaban los menores movimientos del enemigo. Más tarde se aseguró, con algunos visos de verdad, que estos dos oficiales fueron comprados por los imperialistas en tres mil pesos.

A las once y media de la mañana se oyó

repentinamente en el campo republicano el grito de *¡viva el Imperio!* y el estallido de algunos disparos, que, naturalmente, produjeron el desconcierto en la fuerza desprevénida.

Al Gral. Arteaga se le conducía prisionero entre los primeros que cayeron en poder del enemigo, en camisa y sin sombrero, lo que mortificó mucho á Rangel, quien ordenó inmediatamente á un soldado que fuera por las demás prendas de ropa.

Salazar y un grupo de valientes se sostuvieron tenazmente en una casa, hasta que llegó Rangel en persona á intimar la rendición. Este grupo se entregó prisionero con la promesa de que no se atentaría contra su vida, promesa que fué indignamente violada por el Coronel Méndez el día 21.

Parece que el teniente Rangel desde algunos meses antes tenía la intención de pasarse al bando republicano y aprovechó la ocasión para exponer francamente su propósito, pero Arteaga y Salazar no aceptaron la oferta, y ellos, por su parte, prefirieron correr la suerte que les deparaban las fatales circunstancias.

El Jefe imperialista no cabía en sí de gozo al ver el buen resultado de la sorpresa y al día siguiente emprendió su marcha triunfal hacia Uruapan conduciendo á los

prisioneros con un verdadero lujo de precauciones.

Al cabo de siete días, Ramón Méndez llegaba á Uruapan, y en la misma noche, una vez recibidos los impúdicos agasajos de frailes y paniaguados del Imperio, pasó en persona á comunicar á los prisioneros que á la mañana del día siguiente, 21 de Octubre, serían fusilados, aviso que fué recibido por todos con estoica serenidad.

Méndez se había apresurado á comunicar á Maximiliano su reciente victoria y le pedía instrucciones hipócritamente con respecto á los prisioneros. La orden no se hizo esperar: "sean—sin otra disyuntiva—juzgados de conformidad con el texto de la Ley del 3 del presente."

En el mismo despacho iba para el imperialista Ramón Méndez el nombramiento de General de Brigada.



Si entre el montón de vergonzosas reliquias que nos dejó el infeliz ensayo de Imperio, no hubiese otro documento para juzgarle que la *Ley del 3 de Octubre*, ésta sería lo bastante para condenarle, porque dicha ley no sólo fué irracional, sino degradante y oprobiosa en el más lato significado de los vocablos.

¿Qué decía? Que el Emperador, cansado ya de las medidas de benignidad, paciencia y conciliación, se veía en el trance de apelar al rigor. Por tanto, á los que fuesen sorprendidos en lo sucesivo con las armas en la mano, serían tomados por bandidos, y como bandidos ejecutados sin más trámites que los necesarios para la identificación. Y cosa inaudita, igual pena sería aplicada, dentro de las primeras 24 horas, á todos los que auxiliasen con dinero ó armas á los *foragidos* republicanos, á los que tuviesen comunicación con ellos, los ocultasen ó les vendiesen caballos y víveres. Más todavía, serían condenados á la última pena los que vertiesen especies falsas ó hiciesen demostraciones desagradables contra el beatífico Imperio. Las penas más suaves consistían en multas de 25, 200, 1000 y 2000 pesos, ¿para quiénes? para los PROPIETARIOS que no diesen aviso de la presencia ó proximidad de *gavillas* republicanas.

Concluía la ley, como coronamiento de salvajada tan insigne, con esta declaración: "Queda prohibido, en todo caso, dar curso á las solicitudes de indulto."

La Historia, cuyos fallos tienen que ser inexorables porque es justa, ha recogido en sus páginas ese documento y ha pronun-

ciado en su contra la sentencia que merece, para perenne escarmiento de los conculcadores de los pueblos libres.

Momentos después de haberse notificado á los prisioneros la terrible sentencia, Arteaga escribió á su querida madre la siguiente carta de despedida:

Uruapan, 20 de Octubre de 1865.—Señora Doña Apolonia Magallanes de Arteaga.—Mi adorada madre:—El 13 de Septiembre he sido hecho prisionero por las tropas imperialistas y mañana seré decapitado: ruego á usted, mamá, me perdone el largo tiempo que contra su voluntad he seguido la carrera de las armas. Por más que he procurado auxiliar á usted, no he tenido recursos para hacerlo, si no fué lo que en Abril le mandé; pero queda Dios que no dejará perecer á vd. y á mi hermanita la “yanquita” Trinidad. Porque no fuera á morir de dolor, no le había participado la muerte de mi hermano Luis, que acaeció en Tuxpan en los primeros días de Enero del año pasado. Mamá, no dejo otra cosa que mi nombre sin mancha, respecto á que nada de lo ajeno me he tomado, y tengo fe en que Dios me perdonará mis pecados y me recibirá en su gloria. Muero como cristiano y me despidió de vd., de Dolores y de toda la fami-

lia, como su más obediente hijo... Q. B. S. P.—José María Arteaga.”

El intrépido Salazar también escribió la siguiente carta, en que se ve la gran entereza del héroe:

“Uruapan, Octubre 26 de 1865—Idolatrada madre: Son las 7 de la noche y acabamos de ser sentenciados el General Arteaga, el Coronel Villagómez, otros tres jefes y yo. Mi conciencia está tranquila; bajo á la tumba á los treinta y tres años, sin que haya una sola mancha en mi carrera militar, ni el menor borrón en mi nombre. No llores, mamá, ten conformidad, pues el único delito de tu hijo consiste en haber defendido una causa sagrada: la Independencia de su patria. Por este motivo se me va á fusilar. No tengo dinero porque nada he podido ahorrar. Te dejo sin recursos, pero Dios es grande y te socorrerá lo mismo que á mis hijos, quienes con orgullo llevan mi nombre.....

Conduce, querida mamá, á mis hijos y hermanos por el sendero del honor, porque el patíbulo no puede manchar el nombre de los leales.

¡Adiós, madre querida! En la tumba recibiré tus bendiciones. Da un abrazo por mí á mi querido tío Luis, á Tecla, Lupe é Isabel; así como á mi tocayo, á Carme-

lita, Cholita y Manuelita; dales muchos besos y el adiós que les envió desde lo más profundo de mi alma; dejó á la primera mi reloj dorado, y á Manuel cuatro trajes. Muchas memorias á mis tíos, tías, primos y á todos los amigos fieles, y tú, madre mía, recibe el último adiós de tu afectísimo y obediente hijo que tanto te ama,— Carlos Salazar.”

* * *

Los hermosos tintes de la aurora, precursores del regio y majestuoso orto, comenzaron á disipar las negras sombras, los gallos saludaban el alba con ertridentes clarinadas y los pájaros gorjeaban su canción matinal con infinita dulzura. Las bandas tocaron diana y los soldados, incorporándose, comenzaron la tarea de levantar el campo. A las voces de los oficiales se formó el cuadro y á la espalda del Parián se situó un grupo de tiradores con las armas al brazo.

A los pocos momentos llegaron los prisioneros conducidos por la escolta. Los heroicos, los buenos hijos de la patria, los valientes, los soldados de la libertad, iban á morir.

¿Qué importaba que pagaran con el patíbulo su *debito* de amar á la patria, si su

conciencia de ciudadanos estaba tranquila y su honor de militares patriotas á salvo de toda mancha?

¡En aquella alborada espléndida, sus nombres convertidos en astros, formaban una nueva constelación en el hermoso cielo de México!

Los Generales José M. Arteaga y Carlos Salazar, los Coroneles Trinidad Villagómez y Jesús Díaz Paracho y el Comandante Juan González se estrecharon las manos como buenos camaradas y se encararon con noble serenidad ante el cuadro de sus verdugos.

El oficial que dirigía la ejecución gritó: *¡preparen!.....¡apunten!.....* y antes de decir *¡fuego!.....* el Gral. Salazar, con la cabeza levantada y tocándose el corazón con la diestra, gritó con voz robusta, con esa voz que le era habitual para mandar: ¡AQUÍ. TRAIADORES!

FIN

INDICE.

	Pág.
La catástrofe de Chalchicomula.....	1
Protesta del Cabildo de Guadalajara.....	12
El guerrillero Honorato Dominguez.....	19
La muerte de Zaragoza.....	29
Un hermoso rasgo de patriotismo.....	40
El Fuerte de San Javier.....	50
Una escena en la calle de la Estampa.....	62
Santa Inés y Pitimini.....	71
El Valiente entre los Valientes.....	81
Comonfort en San Lorenzo.....	88
Un desafio romancesco.....	96
Oficiales azotados en la vía pública.....	106
¡Viva mi Presidente!.....	116
Un 16 de Septiembre á orillas del Nazas..	126
Evación del Gral. Diaz.....	137
Batalla de Zontecomapan.....	148
Escobedo en Monterrey.....	160
¡Aqui, traidores!.....	170